

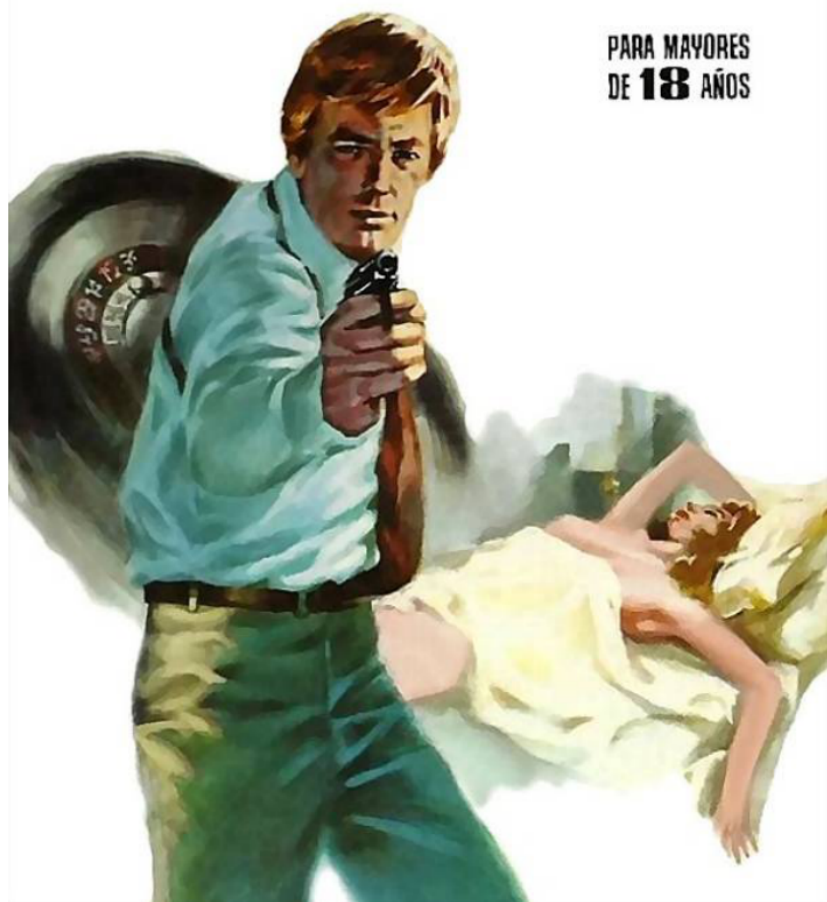
SERVICIO  
SECRETO

SS

# VIDAS EN SUBASTA

Clark Carrados

PARA MAYORES  
DE **18** AÑOS







# SERVICIO SECRETO







**CLARK CARRADOS**

# **VIDAS EN SUBASTA**

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.545

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO





ISBN 84-02-02513-7  
Depósito legal: B. 750 - 1980  
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1980  
© Clark Carrados - 1980

texto  
© Tamurejo - 1980

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen  
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son  
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por  
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades  
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1980



## CAPÍTULO PRIMERO

Abrió la puerta de su casa y se dispuso a dar un par de zapatetas de júbilo. Roy Thomas Asher tenía buenos motivos para sentirse alegre. Había hecho un buen negocio y las perspectivas de un ascenso, que conduciría inevitablemente a un alto cargo en calidad de directivo de la firma para la cual trabajaba, eran sencillamente inmejorables.

Claro que la hija del supremo patrón tenía buena parte en su éxito. Asher sabía que no le resultaba indiferente a la hermosa Millicent Crawford, todavía soltera y sumamente codiciada por toda clase de hombres. Asher abrigaba la esperanza de ser el triunfador en aquella especie de torneo entablado por conseguir la mano —y todo lo demás, que era sumamente atractivo—, de la deslumbrante Millicent. Y ello sin contar con la fortuna de papaíto, extremo éste en modo alguno desdeñable.

Pero todos sus sueños se desvanecieron de golpe, al menos por el momento. En el instante en que se disponía a dar el primer salto, vio aparecer a dos hombres ante sus ojos.

Asher hubiera jurado que eran gemelos. Tenían la misma estatura y corpulencia, vestían de idéntica manera, trajes oscuros, bien cortados, camisas blancas y corbatas negras. Además, llevaban enguantadas las manos y, en la derecha cada uno portaba una pistola.

Se quedó con la boca abierta, petrificada en su rostro la sonrisa de satisfacción. Los dos hombres, que habían surgido de las habitaciones interiores, tenían unas facciones muy parecidas, aunque de rasgos sumamente rígidos.

Asher adivinó casi en el acto que llevaban puestas sendas caretas, de material no demasiado flexible, aunque sí lo suficiente para mover los labios sin dificultad.

—No se alarme, señor Asher —dijo uno de los desconocidos—.

No pretendemos causarle el menor daño. Simplemente queremos que nos acompañe.

—Tenemos el coche dispuesto —añadió el otro—. Por favor, venga con nosotros.

Asher temió que se tratase de un secuestro.

—Escuchen, si van a raptarme, no tengo dinero... Sólo soy un empleado de cierta categoría...

—Ni le vamos a secuestrar, ni pediremos ningún rescate por usted —atajó el primero que había hablado—. Está invitado a una reunión y debe asistir a ella. Le rogamos, sin embargo, no haga resistencia ni de gritos de alarma. Le resultaría fatal instantáneamente.

—Esta misma noche, antes de que amanezca, podrá regresar a su casa, se lo garantizamos —añadió el otro.

Los dos hombres se le acercaron y asieron sus brazos.

—No grite.

—Por su propio bien.

Como en sueños, Asher se dejó llevar hasta un coche situado frente a su casa y en el que no había reparado hasta aquel momento. Ocupó un sitio en el asiento posterior y junto a él se sentó uno de los pistoleros. El otro se situó tras el volante.

El coche arrancó de inmediato. El hombre que tenía a su lado, sacó algo del bolsillo.

—Dispense, señor Asher —rogó cortésmente.

Y antes de que el sorprendido Asher pudiera recobrarse, tenía ya los ojos y la boca tapados por sendas tiras de cinta adhesiva.

Estaba en una habitación solitaria, desprovista de muebles, a excepción de una silla en la que se había sentado, después de un viaje que había durado algo más de una hora. Una vez llegados a aquel lugar, que le resultaba completamente desconocido, le habían llevado a aquella sala, cuyas ventanas, apreció, estaban sólidamente tapadas por recios tablones claveteados en el exterior.

Al menos, le habían dejado el tabaco, se dijo, mientras encendía el cuarto cigarrillo. Pero no las tenía todas consigo, a pesar de las frases tranquilizadoras de sus secuestradores.

La estancia se hallaba iluminada por una sola bombilla, pendiente del techo, sin lámpara. Asher apreció que faltaba gran parte del empapelado. En los lugares en que aún se conservaba, se

apreciaban los huecos de color, dejados por los muebles y cuadros que habían formado parte de la decoración tiempo atrás.

La puerta se abrió súbitamente. Sus dos captores entraron, uno de ellos portador de un gran bulto de ropas negras.

—Vamos a ponerle esto, señor Asher —anunció—. La reunión va dar comienzo inmediatamente.

En pocos segundos, Asher se vio vestido con una especie de hopalanda que cubría su cuerpo por completo. Luego le pusieron un capuchón negro, con dos aberturas para los ojos, atado con un cordón a la parte posterior del cuello. La hopalanda disponía de unas amplias mangas, que le permitían mover los brazos sin dificultad.

Finalmente le colgaron algo del cuello, por medio de una cinta. Al terminar le asieron los brazos.

—Camine, por favor.

Asher echó a andar. Momentos más tarde, se hallaba en una gran sala, casi desprovista de muebles, a excepción de seis sillas y un pequeño estrado, elevado cosa de sesenta centímetros sobre el suelo. Cinco de las sillas estaban ya ocupadas por otras tantas personas, ataviadas de la misma forma, lo que le impedía ver sus facciones.

Había otros dos sujetos, idénticamente ataviados a los anteriores, como una especie de vigilantes de la reunión. También llevaban caretas, apreció Asher.

De pronto se abrió una puertecita lateral. Una figura, ataviada de la misma forma que los congregados, se dirigió hacia el estrado y se situó en el centro.

Inmediatamente empezó a hablar. Aunque era evidente que pretendía disfrazar la voz, Asher supo en el acto que era una mujer. El capuchón y la hopalanda, sin embargo, impedían apreciar no sólo el menor rasgo de sus facciones, sino también de su figura. Incluso le resultaba imposible captar la tonalidad de sus pupilas, debido a que la única luz que alumbrada la escena estaba situada tras ella y por encima de su cabeza.

—Caballeros —dijo la mujer—, aunque ustedes no lo crean, esto es una subasta. Sí, se va a subastar algo... y ustedes pujarán por conseguir el objeto que se vende. En realidad, no es un objeto inanimado, ya que se trata más bien de una metáfora En resumidas

cuentas, lo que vamos a subastar aquí son vidas humanas.

La desconocida hizo una pausa. Bajo la máscara, Asher tenía la boca abierta. ¿Qué clase de broma estúpida les estaban jugando?

Ella continuó:

—Todos ustedes son acreditados asesinos profesionales. Han hecho del arte de matar a los seres humanos, su profesión, en la cual son, altamente considerados. Por tanto, yo quiero conseguir sus servicios, a fin de que eliminen a seis personas que no merecen vivir.

»Ninguno de ustedes se conocen entre sí, ni cada uno sabe quiénes son los otros. Yo sí lo sé; por eso están aquí. Sé también que cada uno tiene su especialidad, en la cual no suele fallar. Si en alguna ocasión hubiese fallado, no estaría aquí, sino en el cementerio, claro.

»Asimismo conozco la discreción de todos ustedes, norma elemental en su oficio, y sé que no repetirán a nadie nada de lo que puedan haber visto y oído aquí. Todos ustedes viven existencias normales y corrientes, y nadie sospechaba que son asesinos profesionales. Yo sí lo sabía; por eso están aquí, repito.

Asher creía soñar. Ahora empezaba a darse cuenta de que no era una broma, que todo lo que decía la desconocida era realidad.

—El sistema de subasta será muy sencillo: yo citaré el nombre de la persona que debe ser eliminada y daré una cifra. La puja será a la baja, es decir, mencionando cada postor una cifra interior a la establecida. Conozco sus honorarios y sé que ninguno aceptará el trabajo por una cantidad demasiado inferior a la que percibe habitualmente. Ahora bien, para evitar que se mencionen nombres que sólo mis colaboradores y yo conocemos, todos ustedes han recibido un número, que pende de su cuello. Pueden ver las cifras, pero, naturalmente, no identificar a su poseedor.

Asher bajó la vista. Tenía el número seis, pintado en rojo, sobre una tarjeta de plástico, de unas dimensiones ligeramente superiores a las de un paquete de cigarrillos, aunque, lógicamente, mucho más delgada.

—Una vez atribuida la víctima, el ejecutor se encargará de eliminarla. Aquí mismo recibirá un sobre, con el importe de su trabajo, en billetes divididos por la mitad. Cuando haya ejecutado su tarea, recibirá por correo el resto de los billetes. Recuerden que

yo conozco sus nombres y direcciones.

»Ninguno de ustedes —prosiguió la mujer—, podrá aceptar más de un encargo. Cada uno, lógicamente, tomará el que esté más o menos de acuerdo con sus honorarios. Y puesto que ya he explicado las normas de la subasta, vamos a empezar sin pérdida de tiempo.

Uno de los vigilantes se ausentó breves instantes, para volver con una mesa, en la que había un enorme montón de billetes, varios sobres y unas tijeras. La desconocida metió su mano derecha en el inferior de la túnica negra y extrajo un papel.

—Primera víctima: Colman H. Benning, multimillonario Cifra de salida, veinticinco mil dólares. ¿Quién lo hace por menos?

—Veinticuatro mil —dijo el número cuatro.

—Veintidós —habló el dos.

—Veinte —se ofreció el cinco.

Asher permaneció callado. Todo aquello le parecía monstruoso, delirante, pero, al mismo tiempo, sabía que era la más descamada realidad.

—Diecinueve mil —dijo el número uno.

Las cifras fueron bajando, hasta que, al ser mencionados los doce mil dólares, se hizo el silencio Impasible, la desconocida contó y cortó doce billetes de mil dólares por la mitad, introdujo una parte en un sobre y se lo entregó a uno de sus ayudantes.

—La vida de Benning ha sido adjudicada al número tres —dijo—. Sigamos...

Asher se propuso ir a la policía apenas saliese de aquella casa. Mientras tanto, simularía seguir la corriente. También su vida estaba en juego, pensó.

Sabía que tenía una magnífica memoria y se esforzó por retener los nombres de las personas cuyas vidas estaban siendo subastadas. Jebbediah Rystler, hombre de negocios, fue adjudicado al número cinco, en once mil dólares. Franb Larrabee, empleado, sería la víctima, por siete mil dólares, del número uno. Alvah J. Dort, también hombre de negocios, valía once mil para el número cuatro. John Hillum, alias El Aceite, dueño de un garito, fue el que más valor tenía en la subasta: quince mil dólares, que serían para el número dos.

Ya sólo quedaba la mujer. Puesto que también Asher era el único que quedaba, la «subastadora» dijo que le adjudicaría el trabajo por

seis mil dólares.

—Observó que no ha pujado una sola vez, número seis —dijo la desconocida.

Asher decidió ser un poco fanfarrón.

—Esos honorarios son una miseria —contestó, displicente—. Por supuesto, y dada mi profesión, le garantizo seré absolutamente discreto. Pero conmigo ha perdido el tiempo, señora.

La subastadora le miró con curiosidad.

—¿Cuáles son sus honorarios, número seis?

—Treinta mil —dijo Asher, seguro de que la cifra asustaría a la mujer.

—La cifra de salida ha sido ya mencionada...

—Entonces, contrate a cualquiera de estos gaznápiros. Yo no pienso aceptar por menos de treinta de los «grandes».

—Empieza a resultarme simpático, número seis —dijo la subastadora—. Muy bien, tendrá sus treinta billetes. Recuerde, ella es Zelda Lassiter, escritora.

Asher se quedó con la boca abierta. Maldita sea, ¿iba a tener que aceptar aquel dinero, por matar a una mujer a la que no conocía y de la que no había oído hablar en su vida?

Uno de los vigilantes le entregó el sobre, que Asher guardó maquinalmente. Avisaría a la policía, no faltaba más. Recordaba todos los nombres...

—La subasta ha terminado —anunció la mujer—. Ahora serán conducidos a sus casas, por el mismo orden como llegaron y Recuerden ninguno recibirá la otra mitad de los billetes, hasta tanto yo sepa de manera fidedigna que han cumplido con su trabajo.

Asher fue conducido a la habitación en que había permanecido a su llegada. Uno de los sujetos le quitó la capucha.

—Relájese —sonrió bajo la careta.

Asher se quitó él mismo la hopalanda. Fue un gesto deliberadamente intencionado. Aunque no tenía una gran habilidad, consiguió escamotear la tarjeta con su número. En algún punto de su superficie, habría huellas dactilares, la policía se lo tendría en cuenta.

Dos horas más tarde, se detuvo el coche en que había sido llevado a la casa desconocida. Asher consultó su reloj. Eran las tres de la madrugada.

Estaba a unos mil metros de su casa. Era evidente que los ayudantes de la subastadora no querían que supiese qué dirección tomaban. Resignado, se metió las manos en los bolsillos y echó a andar.

De repente, oyó pasos rápidos en las inmediaciones.

Extrañado, empezó a volverse. Alguien saltó sobre él, con un objeto contundente en la mano. Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, Asher sintió un vivísimo dolor en la frente y se desplomó sin sentido.

## CAPÍTULO II

Todavía con la cabeza vendada, en la cama del hospital al que había sido trasladado, Asher repitió su fantástica historia al capitán Mulrooney, del Departamento de Homicidios.

—Muy bien, señor Asher, lo tendré en cuenta —dijo el policía.

Los ojos de Asher brillaron coléricamente.

—Usted no me cree, capitán —exclamó.

—Es un relato muy interesante y con los suficientes visos de certidumbre, para ser tenido en cuenta. Investigaremos, se lo prometo.

Mulrooney abandonó el cuarto del hospital en el que se hallaba internado Asher. El médico aguardaba en el pasillo.

—Doctor, ¿cuántos días ha estado sin sentido el paciente? —preguntó Mulrooney.

—Casi tres. Sufrió una conmoción muy grave. Llegamos incluso a temer una fractura del cráneo, pero, por lo visto, tiene los huesos muy duros. Pronto se pondrá nuevo.

—Me ha contado una historia fantástica... ¿Qué sabe de ello, doctor?

El galeno sonrió.

—A mí me dijo algo, aunque no quería ser muy explícito, por eso le llamé a usted. Pero si quiere mi opinión profesional, le diré que, con toda seguridad, había visto una película o quizá leído un libro, que le causó una fuerte impresión, tanto, que al despertar, aunque no plenamente consciente, confundió la ficción con la realidad... Y mucho me temo que sigue confundiéndola. Con el tiempo, se le pasará; y el mismo reconocerá que todo fue un sueño.

—Gracias, doctor, eso me tranquiliza enormemente. Incluso, ya ve, llegó a decir que tenía un sobre con treinta mitades de otros tantos billetes de mil dólares —sonrió Mulrooney.

—Cuando llegó aquí, le habían vaciado los bolsillos por

completo. Si pudimos identificarlo fue merced a las huellas dactilares, que enviamos de inmediato a la policía. El ladrón, o los ladrones, se llevaron todo cuanto poseía. Aún me siento sorprendido de que no lo dejaran en cueros vivos.

—En esta ciudad no hay ley —gruñó Mulrooney.

—Y lo dice usted, un policía... —rió el médico.

—Precisamente por eso. Adiós, doctor.

A su debido tiempo, Asher fue dado de alta. Regresó a su casa, sintiéndose descorazonado y con muy poca moral.

Su historia no había sido creída. En alguna parte, había cinco asesinos profesionales, que iban a cometer otros tantos crímenes. El hecho de que fuese él precisamente el encargado de asesinar a la única mujer, cuya vida había sido puesta en subasta, no mejoraba en absoluto su estado de ánimo.

Al día siguiente, acudió al trabajo. Apenas entró en su despacho, recibió el aviso de que el Gran Jefazo quería verle inmediatamente.

Crawford le recibió con el mismo entusiasmo que habría recibido a un leproso.

—Asher, ha terminado con nosotros —dijo el todopoderoso padre de Millicent—. Su comportamiento en estos últimos días ha sido realmente incalificable. Se emborrachó abyectamente, hasta el punto de mezclarse en una vulgar pelea callejera, de la que acabó en el hospital, a punto de perder la vida. En esta empresa no toleramos a personas que se desvían del recto camino y que cometen actos incompatibles con la seriedad y la honestidad de que siempre hemos hedió gala.

Asher se quedó atónito.

—Pero... si me atracaron... Fue un asalto brutal. Yo qué diablos iba a estar borracho, y menos pelearme con la gente en plena calle...

—Los informes que tengo afirman todo lo contrario, Asher.

—Su informador está equivocado...

—Es persona de toda solvencia —afirmó Crawford rotundamente—. Pase por caja y tome el cheque con sus honorarios, más la indemnización legal por despido. Eso es todo.

Anonadado, Asher, que tan rosadas perspectivas se había forjado un par de semanas atrás, se encaminó hacia la puerta. La palabra del Gran Jefazo era ley en aquella empresa; nadie alzaría un dedo

en su favor.

Cuando llegaba a la puerta, Crawford soltó la estocada final:

—¡Y no se le ocurra acercarse a mi hija.

Asher estuvo a punto de revolverse y lanzar una sarta de insultos hacia el hombre que le trataba poco menos que a patadas. Pero, de pronto, se le ocurrió que le iba a dejar un «regalito» como despedida.

—Por supuesto que no me acercaré a Millicent —contestó, sonriendo con fingida expresión de amabilidad—. Ni querría casarme con ella, aunque me pagasen todo el *oro* del mundo. En estos tiempos, la gente es muy literal, pero yo sigo siendo muy reaccionario y no querría convertirme en el marido de una mujer, cuyo hijo tiene un montón de padres.

Al joven le divirtió muchísimo la enorme boca que Crawford había abierto, estupefacto por aquella insólita respuesta. Pero le divirtió mucho más pensar en lo que iba a suceder aquella noche en la mansión del Gran Jefazo.

Se iba a armar una buena.

El lujoso coche en que viajaba Colman H. Benning se detuvo ante un semáforo en rojo. Otro automóvil se detuvo a su derecha.

Benning iba sentado en el lado derecho, del asiento posterior. Tras el volante, su chófer, rígido como una estatua, aguardaba el momento de reanudar la marcha.

En el otro automóvil viajaban un hombre de aspecto inofensivo, con lentes de color claro, bigote y barbita en punta. Apenas se hubo detenido, sacó un revólver y lo apoyó sobre el antepecho de la ventanilla, tapándolo con el brazo izquierdo.

Apretó el gatillo. El ligero sonido que hizo el disparo, se perdió en el rumor incesante del tráfico. Benning, alcanzado de lleno en la sien, echó hacia atrás la cabeza y se quedó inmóvil.

El semáforo se puso en verde. El coche de Benning arrancó. Lo mismo hizo el ocupado por el Número Tres, quien, en la primera bocacalle, dobló a su derecha.

Un poco más adelante, el asesino se quitó los lentes, el bigote y la perilla. Paró el automóvil, lo cerró cuidadosamente y se alejó con paso mesurado.

Dobló la esquina siguiente. Había allí otro automóvil, en el que entró, sin la menor precipitación. Nadie se fijó en él.

Un minuto más tarde, el auto de Benning se detuvo en otro semáforo. Otro automóvil se paró también a su derecha. Éste iba ocupado por una mujer, a quien le intrigó un poco el aspecto lujoso del coche que tenía a su izquierda.

Al volver la cabeza, vio al hombre, con un agujero en la sien, y el hilo de sangre que corría por su mejilla. Inmediatamente, empezó a chillar como una poseída.

Entonces fue cuando el chófer se enteró de que su amo había sido asesinado.

Asher torció el gesto.

Aquel traje que tenía en las manos era el mismo que llevaba cuando fue atacado por el ladrón. Era casi nuevo y, dada su situación, no podía pensar en tirarlo. Un viaje a la tintorería le sentaría muy bien.

Maquinalmente, empezó a registrarlo. De pronto notó el contacto de algo duro en uno de los bolsillos.

Sacó aquella cosa dura y, con ojos llenos de pavor, contempló el número seis, en rojo, sobre el plástico color crema. Se sorprendió al darse cuenta de que había olvidado por completo el detalle.

Aquel rectángulo de plástico, se dijo, convencería al capitán Mulrooney. Aunque sabía que saldrían sus huellas, también encontrarían otras, que les pondrían sobre una pista segura. Con todo cuidado, envolvió el plástico en un pañuelo y lo guardó en el bolsillo. Iría ahora mismo a visitar al policía; no quería perder un segundo más.

Abrió la puerta de la casa. En el suelo estaba el diario de la mañana, que recogió maquinalmente. Al desplegarlo, vio una noticia con enormes titulares en primera plana:

**¡BENNING, ASESINADO!**

Asher sufrió un terrible choque. Aquello probaba, sin lugar a dudas, que su relato no era producto del delirio. Había asistido a la subasta de vidas... y la primera puesta en puja, se había extinguido ya.

Rápidamente, leyó los detalles del hecho. Luego dobló el periódico y subió a su coche.

Media hora más tarde, entraba en la Jefatura de Policía.

Preguntó a un agente y éste le informó del lugar al que debía acudir. Pocos momentos después, entraba en un despacho.

—Busco al capitán Mulrooney —manifestó.

Había una joven, detrás de una mesa de despacho, con el uniforme policial. Ella sonrió amablemente.

—Lo siento —dijo—. No se encuentra aquí en estos momentos. Si quiere dejar algún recado, se lo daré con mucho gusto. Soy Iris Suffolk, su secretaria personal, señor...

Asher dudó unos segundos. Al fin, se decidió.

—Señorita, soy Roy Asher. El capitán Mulrooney fue a visitarme al hospital...

—Ah, sí, lo recuerdo —Iris emitió una graciosa sonrisa—. Usted es el hombre que dijo haber asistido a una subasta de vidas.

—El capitán no me creyó, señorita.

—Debe reconocer que es una historia muy fantástica —dijo Iris, en son de disculpa.

Asher asintió. Lentamente, desplegó el periódico y lo puso ante los ojos de la muchacha.

—Le dije al capitán todos los nombres cuyas vidas habían sido puestas en puja. Tengo una memoria casi fotográfica y me aprendí los seis nombres que citó la subastadora. Desconozco, naturalmente, los nombres de los asesinos profesionales, pero sí recuerdo con toda claridad el número que le fue asignado a cada uno. El tres se quedó con Benning, por doce mil dólares. Y Benning fue asesinado ayer, de la forma más astuta e inteligente que se pueda imaginar. Nadie vio al asesino, nadie oyó el disparo... pero la primera vida subastada se ha perdido ya.

Asher soltó la parrafada de un tirón. Iris se quedó muy impresionada por lo que acababa de escuchar.

—Pero eso no es todo —continuó el joven—. A mí me correspondió el número seis. Pude guardármelo, para enseñarlo cuando denunciase el hecho a la policía, pero usted sabe que fui atacado por un bandido y acabé en el hospital. Lo único que dejaron en mis ropas fue este número, seguramente, porque no se dieron cuenta.

—Y lo ha encontrado...

—Me disponía a llevar el traje a la tintorería, cuando apareció en uno de los bolsillos. Tiene mis huellas, desde luego, pero

sospecho que también hay otras impresas.

Asher dejó la tarjeta sobre la mesa, encima de su pañuelo.

—Envíelo al departamento de huellas dactilares, señorita —dijo—. Y cuénteles a su jefe lo que pasa.

—Lo haré en cuanto llegue, señor Asher —prometió Iris—. Sin embargo, me gustaría hacerle unas cuantas preguntas. ¿Quiere sentarse?

—Desde luego.

Iris se levantó, fue a una cafetera y llenó un pote, que entregó al visitante.

—Hay una cosa que me intriga —dijo la muchacha—. Usted no es un asesino profesional y, sin embargo, asistió a aquella especie de «convención» de profesionales del crimen.

—He pensado mucho sobre el particular —respondió Asher—. En primer lugar, me llevaron a la fuerza. Y, en segundo, tengo la sospecha de que se equivocaron conmigo.

—Es decir, le tomaron por un asesino profesional.

—Exactamente.

—¿No se le ocurre quién puede ser ese hombre?

—¡Señorita, yo no me he relacionado jamás con gente de esa calaña! —se escandalizó él.

Iris se ruborizó ligeramente.

—Dispénseme —rogó—. ¿Cuánto le pagaron a usted?

—Treinta mil... es decir, me dieron solamente la mitad de treinta billetes. Me enviarían la otra mitad, cuando hubiese asesinado a mi víctima.

—¿Quién es?

—Zelda Lassiter, escritora. No tengo más datos...

Iris se mordió los labios.

—Espere un momento —dijo.

Tocó un timbre y un policía de uniforme apareció a los pocos instantes. Ella le entregó el pañuelo con la tarjeta de plástico.

—Hank, envíe esto inmediatamente al departamento de Huellas Dactilares —dijo.

—Está bien, Iris...

El teléfono sonó en aquel instante. Iris lo levantó, escuchó unos instantes, contestó afirmativamente y luego lo volvió a la horquilla.

—El capitán no vendrá en el resto del día —anunció—. Pero a

mí se me ha ocurrido una idea, basándome en su excelente memoria, señor Asher.

—Dígame, por favor.

—Termino a las cinco de la tarde. Pase a recogerme.

No, mejor dicho; iré a su casa y, desde allí, haremos el recorrido que hizo usted cuando lo secuestraron. Le vendaré los ojos, para que pueda recordar mejor. Quizá así encontremos la casa donde se celebró la subasta. ¿Le parece bien?

Asher sonrió.

—Usted sí cree en mi historia —dijo.

Iris agitó el periódico.

—Esto disipa las dudas del más escéptico, ¿no cree? —respondió.

—Celebro que haya quien me crea —sonrió Asher, a la vez que se ponía en pie—. Hasta la tarde...

—Por favor, ¿podría darme la lista de los nombres de las supuestas víctimas? Podría conseguir datos sobre ellas.

—Sí, claro, con mucho gusto.

Cuando salió de jefatura, Asher se encaminó directamente a la casa de la persona a la que debía asesinar. Sentía un vivo interés por hablar con Zelda Lassiter, la escritora.

Zelda vivía en una pequeña casa, de aspecto muy agradable en uno de los barrios residenciales. Pero, según le dijo la sirvienta mexicana, estaba ausente y no sabía cuándo regresaría.

—¿No puede decirme, al menos, dónde está? Necesito hablar con ella, es muy urgente —rogó el joven.

—Lo siento, señor; la señorita Zelda no dijo adónde se dirigía; no suele hacerlo. Y tampoco me dijo cuándo volvería. Es otra de sus costumbres —contestó la sirvienta con una amable sonrisa.

### CAPÍTULO III

Un coche se detuvo frente a su casa y de él se apeó una joven, que vestía blusa de manga corta, clara, pantalones blancos y se tocaba con una boina de color verde muy claro. Ella se acomodó al hombro la correa de su bolso y avanzó hacia la puerta.

Asher la reconoció cuando llegaba a la casa y abrió de inmediato.

—¡Caramba, sí que está cambiada! —exclamó.

Iris sonrió.

—Ahora uso mi indumentaria civil —dijo—. ¿Está dispuesto?

—Desde luego.

—Vamos a hacer una cosa —propuso la joven—. Le pondré una tira de esparadrapo delante de los ojos y encima unas gafas negras, a fin de que la gente no curioseee demasiado. ¿Le parece bien?

—Magnífico —aprobó él.

Iris venía preparada ya y actuó rápida y eficientemente. Luego agarró a Asher por un brazo y le guió hasta su automóvil. Una vez hubo ocupado el joven su puesto, ella dio la vuelta, se sentó tras el volante y accionó el contacto.

—Yo no hablaré nada, a fin de evitar distracciones tuyas. Usted me guiará, ¿entendido?

—Adelante. Primero hacia el sur...

Asher procuró concentrarse en recordar el camino seguido por el coche en que había sido llevado a la subasta. En ocasiones, vacilaba e Iris se detenía, a fin de darle ocasión a que hurgase en el fondo de su memoria. Asher había tratado de guardar aquellos datos en su mente, sabiendo que tenía una memoria excepcional, pero dándose cuenta también de que no era un superdotado.

Durante un buen rato, viajaron sin rumbo aparente. De pronto, Asher oyó el ruido de una perforadora mecánica.

—Espere un momento —dijo.

Iris frenó. Asher se concentró.

—Ya no podemos estar muy lejos —manifestó—. Escuché esa perforadora poco antes de que nos detuviéramos.

—¿Por la noche? —se extrañó ella.

—Bien, a mí me secuestraron al regresar a casa, después del trabajo... Aún era de día y tuve que esperar muchísimo rato en la casa de la subasta, antes de que me condujeran a la sala donde se celebró la puja. Supongo que todavía continuaría ese operario con la perforadora.

—Parece una obra que se realiza con mucha urgencia —comentó Iris—. Seguramente, harán horas extraordinarias...

—Bien, arranque y doble a la derecha a unos doscientos pasos de este lugar.

Ella obedeció. Después del viraje, Asher le indicó que siguiera recto, hasta que dejó de escuchar el ruido de la máquina.

—A la izquierda —exclamó.

Iris hizo girar el volante. Asher dudó un instante y luego dijo:

—Aquí.

—¿Aquí? —repitió ella.

—Ya no puede estar muy lejos. Yo diría, incluso, que tenemos la casa a la vista.

—Quítese la venda, por favor.

Asher se quitó las gafas y levantó el esparadrapo con mucho cuidado. Entonces, lanzó una exclamación de asombro.

—Eso es... imposible.

—A menos que se trate de otra de las casas de la vecindad, eso que vemos ahí es el lugar donde se subastaron unas vidas —afirmó la joven.

Asher contempló el edificio que estaba siendo derribado, para construir otro en su lugar. Apenas si quedaban ya algunos restos de pared de la planta baja. El ático, el primer piso y el tejado, no eran sino montones de escombros, en espera de que los camiones vinieran a llevárselos a un vertedero.

—Quizá utilizaron ese mismo edificio por precaución —apuntó.

—¿Usted cree?

—La subastadora pudo muy bien convocar la reunión en este punto, sabiendo que el edificio iba a ser derribado. Así no quedarían rastros de la reunión.

—Muy posible —convino la muchacha—. Vamos a ver.

Saltaron los dos al mismo tiempo y avanzaron por lo que había sido el sendero central de un jardín, que parecía devastado tras un bombardeo. A los veinte pasos, llegaron a la escalera que conducía a una terraza, situada a metro y medio sobre el suelo.

Asher contó los peldaños.

—Aquí, no cabe duda —aseguró rotundamente—. Después de bajarme del coche, caminamos un poco y luego subí una escalera de ocho peldaños. Había gravilla en el suelo que pisaba...

—Parece que hemos dado con el lugar de la subasta —dijo Iris, muy satisfecha—. Mañana todo esto habrá terminado de desaparecer... pero creo que el capitán Mulrooney se sentirá muy contento.

—Me gustaría poder darle un buen puñetazo en las narices —refunfuñó él.

—A veces, se lo merece, no crea —rió la muchacha.

Asher llegó a las ruinas y avanzó unos pasos. De pronto lanzó una exclamación, a la vez que señalaba algo con la mano.

—¡Éste es el lugar donde me encerraron, hasta la hora de la subasta! —dijo excitadamente.

Iris encendió el cigarrillo que le ofrecía su acompañante, y apoyó el codo derecho en la mano opuesta. Asher señaló con la mano el empapelado de las paredes que quedaban en pie.

—Al llegar aquí, me quitaron el esparadrapo de los ojos y me ordenaron que aguardase. Pasaron casi dos horas antes de que me condujeran a la subasta —declaró—. Tuve tiempo de contemplar de sobra el empapelado, créame.

—No cabe duda —convino la muchacha—. La puja se celebró en esta casa, porque, indudablemente, la subastadora conocía las circunstancias de que iba a ser derribada dentro de muy poco tiempo. Sin embargo, hay algo que me extraña en usted, Roy. ¿Me permite llamarle así?

—Claro, Iris —sonrió él.

—Perdone que insista, pero ¿por qué le trajeron aquí? Usted no es un asesino profesional...

—¿Cómo lo sabe? Con toda seguridad, los asesinos profesionales llevan una doble vida.

—Pero no avisan de sus posibles crímenes —alegó la muchacha.

—Eso sí es cierto. Ahora bien, si se trata de una confusión, es evidente que me parezco de alguna manera al asesino número seis.

—Hablaré con el capitán —dijo Iris—. Después de la muerte de Benning, no creo ya que le quede ninguna duda sobre lo que les puede ocurrir a las cinco personas restantes.

—En cuanto a la «mía», por ahora está segura. Ha salido de la ciudad y su sirvienta me dijo que no sabe dónde está ni cuándo volverá. Añadió que tiene la costumbre de desaparecer...

—¿Se habrá enterado de que quieren asesinarla?

—Es probable, aunque, de todos modos, me habría gustado hablar con ella.

—Zelda Lassiter se titula a sí misma escritora, pero creo que sólo le han publicado una obra, que tuvo muy escaso éxito. Resulta prácticamente desconocida en el mundo de las letras.

—¿Ha investigado sobre ella?

Iris asintió.

—Y sobre todos los demás. Por otra parte, identificamos huellas en la tarjeta de plástico que usted me dio. Hay gente que busca ya al hombre que dejó sus huellas en esa tarjeta.

—Bueno. —Asher resopló, satisfecho—. Ahora sé que no soñé nada, que todo fue real... aunque siento que me asaltara aquel ladrón. Con los billetes cortados, todos de mil, ustedes podrían haber dispuesto de más medios para localizar a la subastadora.

—Al ladrón no le servirán de nada —sonrió Iris—. Es más, se daría cuenta de que eran unos papeles que le comprometían enormemente y se apresuraría a quemarlos.

—Sí, seguro.

De pronto, Asher miró a su acompañante. Era una muchacha alta, delgada, de silueta muy fina, pero que no daba en modo alguno de ser una persona esquelética. Aunque no era una belleza en el sentido estricto de la palabra, tenía un rostro sumamente atractivo, más por su expresión que por los rasgos fisonómicos. El pelo era castaño, corto, muy brillante, y los ojos eran, en cambio, realmente hermosos, grandes, rasgados y con unas pupilas claras que hacían olvidar en el acto cualquier posible imperfección en sus facciones.

—Iris, me estaba preguntando si la espera alguien —dijo.

—No. ¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Es que... me gustaría invitarla a cenar.

Iris sonrió.

—Acepto encantada —respondió.

Más tarde, mientras cenaban, Asher se preguntó si había conocido alguna vez a una muchacha llamada Millicen Crawford. Inexplicablemente, en aquellos pocos días, había olvidado por completo a la hija del Gran Jefazo.

Y no lo lamentaba.

Desde la calle, Asher contempló la fachada del Funnie's Palace, brillantemente iluminado, «El Palacio de las Diversiones», pensó, mientras se disponía a cruzar el umbral. A ambos lados de la puerta, había carteles indicando las diversiones que podían encontrarse en aquel local: bebidas, comidas, sexo y juego.

Atravesó la puerta y se encontró en una inmensa sala, con abundancia de mesas, casi todas ocupadas por los clientes. Al fondo, había un escenario, donde unas cuantas parejas, de ambos sexos, interpretaban una danza erótica, todos completamente desnudos.

El uniforme de las camareras consistía en un triángulo de tela roja sujeto a las caderas por una cinta apenas visible, y una corbata de lazo del mismo color, zapatos de tacón alto y medias negras, con ligas también escarlatas. Todo el tejido de su indumentaria estaba concentrado en aquellos pocos centímetros cuadrados de raso rojo.

El *chef* era también mujer, con la salvedad de que la pajarita, el triángulo, las medias y los zapatos eran dorados. Todas eran jóvenes y muy hermosas.

A la derecha vio una barra de veinte metros de largo. Un poco más allá divisó una puerta con una flecha y la indicación:

### «A LA SALA DE JUEGO»

Otra conducía a los reservados, según señalaba el rótulo situado sobre el dintel. La animación era extraordinaria.

Asher se acercó a la barra. El local pertenecía a la víctima número dos, Johnny Hillum, alias El Aceite, supuso que por lo escurridizo. No era necesario ser un lince para adivinar la íntima relación existente entre Hillum y el hampa.

En la barra pidió un *whisky*, que le sirvió una camarera, ataviada como las que servían las mesas. Al pagar, le enseñó un billete de

diez dólares.

—No sé dónde te vas a guardar la vuelta, pero me imagino que tendrás un sitio ya estudiado de antemano —dijo.

—¿A cambio de qué? —preguntó ella.

—Quiero hablar con el jefe.

La camarera guardó el billete en el interior del triángulo de tela, sonriendo maliciosamente.

—A veces, guardo también otra cosa... pero con colaboración —dijo—. Espere, por favor.

Ella se alejó y volvió a los pocos instantes.

—Vaya por la puerta que conduce a la sala de juegos, pero siga recto por el pasillo, hasta la que tiene un cartel de «Privado» —indicó.

—Gracias, hermosa. Quizá un día me guardes «ahí» una cosa.

—Cuando gustes —rió la camarera.

Asher siguió el camino indicado y llamó a la puerta. Alguien dio permiso desde el otro lado. Hizo girar el pomo abrió y dio unos pasos en el interior de un lujoso despacho ocupado en aquellos momentos por una hermosa mujer.

## CAPÍTULO IV

Ella era muy atractiva, de frondosa cabellera, muy rubia, peinada en dos mitades, con moño, y vestida con un traje de noche sumamente escotado. Debía de tener unos treinta y cinco años, pero aparentaba muchos menos.

—Soy Ruby Fordham —se presentó la mujer—. ¿En qué puedo servirle, señor...?

El visitante se desconcertó.

—Asher, Roy Asher... Pero yo quería hablar con el señor Hillum...

—Soy gerente general del local —respondió ella—. Disfruto de la confianza absoluta del señor Hillum, de modo que puede decirme sin rodeos lo que le tenía que decir a él.

El joven vaciló un instante, pero se decidió muy pronto.

—Está bien —dijo al cabo. Cuando vea a su jefe, díglele que hay un asesino contratado para matarle.

Ruby sonrió burlonamente.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco? —Respingó Asher.

—Mire, amigo mío, hay muchas personas en esta ciudad, que se la tienen jurada al señor Hillum. Lo que acaba de decirme no es una novedad en modo alguno para nosotros. De todas formas, se lo agradezco muy sinceramente.

—Perdóneme, señora Fordham...

—Ruby, llámeme Ruby, como hacen todos —sonrió ella.

—Muy bien. Ruby. Debe saber que ésta no es una amenaza común y corriente. Sé que hay un asesino contratado por quince mil dólares, el cual tratará de asesinar a su jefe. No le conozco, aunque puede creerme que, si supiera quién es, se lo diría de inmediato. Pero todo lo que ha oído es la pura verdad.

—Muchas gracias, señor Asher.

—Se siente escéptica, ¿verdad? Bien, entonces, si lee los periódicos, sabrá que ayer tarde fue asesinado un hombre llamado Benning, por el cual se pagaron doce mil dólares. Se lo aconsejo, Ruby; diga al señor Hillum que se proteja adecuadamente.

—Descuide, se lo diré. ¿Algo más?

Asher miró penetrantemente a la gerente.

—Ruby, usted reúne dos cualidades poco frecuentes en una mujer: es muy hermosa y, además, inteligente...

—Gracias —rió ella—. Nunca me habían hecho un elogio tan agradable. Me gusta usted, señor Asher; francamente, le encuentro muy simpático, a pesar de su historia.

—No es una historia, le ruego lo tenga en cuenta. Dígale que se proteja... y que tome nota de la muerte de Benning: fue asesinado en plena vía pública y nadie vio a su asesino ni se dio cuenta de lo ocurrido. De todos modos, gracias por haberme recibido, Ruby.

—He tenido mucho gusto —respondió ella.

Sin saber por qué, Asher dejó una tarjeta de visita encima de la mesa.

—Adiós, Ruby.

Alvah Dort salió de su casa, como todos los días, para dirigirse al despacho. Era un hombre grueso, de rostro sanguíneo y robusta constitución. Como sabía que pesaba unos kilos de más, prefería ir andando a su oficina, a fin de hacer un poco de ejercicio físico. Así cubría dos kilómetros a pie, cosa que estimaba muy beneficiosa para su salud.

A los pocos minutos, se le acercó un hombre, elegantemente vestido, con sombrero de ala abarquillada, bastón de Malaca y guantes. El desconocido se paró delante de él y se quitó el sombrero cortésmente.

Tenía un cigarro en la boca.

—Perdón, señor. Olvidé mi encendedor y no puedo disfrutar de este magnífico habano... ¿Puede darme fuego, por favor?

—Claro —accedió Dort, sonriendo—. Sé lo que padece un aficionado a los buenos cigarros cuando no tiene fósforos a mano. Tome...

De pronto, Dort sintió un ligero pinchazo en el lado y se dio un instintivo manotazo en aquel lugar. El desconocido sonrió.

—Hay muchos mosquitos en este barrio —dijo.

—Puede quedarse con los fósforos —indicó Dort—. Yo tardaré todavía un rato en encender mi primer cigarro.

—Es usted muy amable.

Los dos hombres se separaron. El del cigarro dobló la esquina y subió a un coche que había estacionado en aquel lugar. Dort caminó unos pasos todavía.

De pronto lanzó un leve quejido. Sus rodillas se doblaron y cayó de bruces al suelo. Pataleó un poco y se quedó inmóvil a los pocos segundos.

Una mujer, con un niño de la mano, caminaba por aquella misma acera. El niño vio al caído y dijo:

—Mamá, ¿es que este señor no tiene cama en su casa para dormir?

Casi en el mismo instante, los ocupantes de un patrullero vieron al hombre tendido en el suelo y se detuvieron para auxiliarle. Segundos más tarde uno de los policías se abalanzaba hacia la radio del coche.

Puesto que no tenía nada que hacer, Asher durmió hasta bien entrada la mañana. Eran más de las diez, cuando sonó el teléfono.

Vestido solamente con la bata y el pijama, fue a la sala y levantó el aparato.

—Asher —dijo.

—Roy, soy Iris. Quiero hablar con usted. ¿Por qué no viene a la cafetería de jefatura, a las doce, y almorzamos juntos?

Asher presintió la importancia de la llamada.

—¿Me dejarán entrar? —dudó.

—El acceso es por la calle Veinticuatro. El guardia de la entrada sabrá ya su nombre.

—Muy bien.

A las doce y cinco minutos, Asher e Iris, cargados cada uno con su bandeja, se sentaron a ambos lados de una mesa. Ella le miró penetrantemente.

—Roy, ¿qué número tenía Alvah Dort? —preguntó.

Asher sintió como una especie de patada en el estómago.

—Número Cuatro. El «precio» era de once mil dólares —respondió.

—Ha muerto. A las ocho menos cinco minutos de la mañana.

Hubo un momento de silencio, luego, Asher cogió el pocillo con

café, que formaba parte de la minuta del almuerzo.

—¿Cómo sucedió?

—Una primera impresión del forense asegura que fue envenenado, por una aguja muy fina, impregnada, sin duda, de un potentísimo veneno, disparada por algo parecido a una cerbatana. Quizá la cerbatana dispusiera de un muelle: la aguja estaba completamente en el interior de la carne.

—El asesino número cuatro es, sin duda, un hombre muy eficiente —comentó el joven—. ¿Se sabe algo más?

—Sí. Dort tenía la costumbre de ir a pie a su oficina, distante un par de kilómetros de su casa, a fin de hacer algo de ejercicio. Su esposa ha dicho que le vio detenerse ante un elegante caballero, que le pidió fuego para encender un habano. Ella estaba en la ventana de su casa.

—Y le vio caer...

—No, porque cayó unos metros más adelante, fuera ya de su campo visual. La señora Dort no supo nada, hasta que le comunicaron la noticia.

—¿Qué dice el capitán Mulrooney?

—Está en la casa de los Dort, interrogando a la viuda. Parece que, al fin, se toma en serio el asunto.

—Lo celebro, aunque si me hubiera hecho caso desde el principio, dos personas podrían estar aún vivas —rezongó Asher.

—No se lo reproche, Roy —pidió la muchacha—. Convendrá conmigo en que su historia, a primera vista, resultaba muy fantástica. Sabemos mucho de asesinos profesionales, pero era la primera vez que se mencionaba la subasta de media docena de vidas.

—Dos de los asesinos han actuado ya. Todavía quedan tres.

—Haremos todo lo posible —dijo Iris—. Pero hay algo que me preocupa.

—¿De qué se trata?

—Una sola persona quiere que mueran otras seis. Parece evidente que tenga ciertos motivos contra sus víctimas. ¿Cuáles son esos motivos, Roy?

—Conociendo las causas, es más fácil encontrar al asesino, ¿verdad?

—Justamente —admitió ella.

—A mí no se me ocurre ninguna idea —confesó Asher—. Sólo puedo decir que conmigo se equivocó la subastadora. No encuentro otra explicación al hecho de que me hicieran asistir por la fuerza a aquella subasta.

—Tuvo que ser así, en efecto.

—Y lo ocurrido me hace pensar en otra cosa, Iris —dijo el joven—. ¿Qué nexo común hay entre las seis víctimas, dos muertos y cuatro vivos todavía?

—No lo sé...

Asher sacó un papel de su bolsillo. Iris vio que había seis nombres escritos, de los cuales, dos estaban tachados por un trazo de lápiz rojo.

—Un multimillonario, ya muerto; dos hombres de negocios, uno de los cuales acaba de morir; el dueño de un garito, un empleado y una escritora fracasada —recitó—. ¿Qué relación los une o les unió en el pasado?

—No se preocupe; el capitán Mulrooney investigará, y lo hará a conciencia. Y también su ayudante personal, el sargento Mac Rotts, está sobre el caso.

—Yo creí que era usted... —dijo Asher.

—Soy la secretaria... burocrática y su elemento de enlace, en su ausencia. Mac Rotts, repito, también trabaja en el caso. Precisamente, ha ido a hablar con un individuo llamado Hust Dahler.

—¿Quién es Dahler?

—El hombre cuyas huellas aparecen en la tarjeta con el número seis, que usted me entregó —contestó la muchacha.

Cuando llamaron a la puerta, Hust Dahler, en mangas de camisa, con una lata de cerveza recién abierta en la mano, se dirigió hacia la entrada del apartamento que ocupaba. Al abrir, vio a un individuo de rostro inexpresivo y aspecto más bien corriente.

—¿Dahler? —preguntó el sujeto.

—Sí, soy yo. ¿Qué quiere?

—Esto.

El visitante sacó una pistola y disparó sin más contra la frente de Dahler, quien se desplomó instantáneamente, como buey apuntillado.

La muerte fue fulminante. El proyectil había atravesado la

frente, apenas a un centímetro sobre el entrecejo.

El disparo no hizo apenas ruido y nadie lo oyó. La pistola tenía silenciador.

El sargento Mac Rotts llegó escasamente un cuarto de hora más tarde y se encontró con aquel macabro espectáculo. Decepcionado, pero también filósofo, murmuró:

—Han comprado tu silencio, y no con oro, sino con plomo.

El teléfono sonó en casa de Asher hacia las tres de la tarde. Asher levantó el aparato y dio su nombre.

—¿Quién llama, por favor?

—Ruby Fordham. Señor Asher, me gustaría hablar con usted.

El joven respingó.

—De acuerdo, pero...

—¿Hay algún inconveniente?

—No, no, en absoluto, todo lo contrario. Dígame dónde y cuándo, por favor.

—Décima Avenida, edificio Golden Arms. Ocupo el apartamento 22 E.

—Perfectamente. Iré enseguida.

—Gracias, señor Asher.

—Roy, por favor —sonrió él.

—De acuerdo, Roy.

Asher fue a su dormitorio para cambiarse de ropa. Cuando se disponía a salir, sonó el teléfono nuevamente.

Miró el aparato, dubitativo. Al fin, se decidió a responder a la llamada.

—Soy Asher —dijo.

—Roy, tengo malas noticias —anunció Iris.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Dahler. Lo han asesinado.

Asher sintió que se quedaba sin aliento.

—Parece que esa gente actúa con rapidez, ¿eh?

—Indudablemente. Cuando el sargento Mac Rotts encontró su cadáver, todavía estaba caliente. No hacía ni diez minutos que le habían disparado. Un tiro entre los ojos.

—Es una de las maneras de no fallar —comentó él lúgubrementemente.

—Roy, me gustaría hablar contigo...

—Lo siento —se disculpó Asher—. Tengo una cita muy importante. Me es imposible posponerla.

Iris suspiró.

—Te llamaré más tarde —se resignó.

—Desde luego.

## CAPÍTULO V

Ruby le recibió, ataviada con una bata corta, de estilo oriental, con amplias mangas, negra, con un gran dragón dorado en la espalda. El pelo estaba suelto y caía en brillantes ondas sobre su espalda. La pequeña abertura de la bata permitía, sin embargo, apreciar que era la única prenda que cubría un cuerpo con innumerables atractivos.

—Entre, Roy —sonrió ella, a un lado de la puerta—. Y gracias por haber acudido a mi llamada.

—Lo he hecho con mucho gusto —aseguró él.

El apartamento era lujoso, decorado con excelente gusto. Ruby iba descalza, por el suelo cubierto de espesa moqueta color oro viejo.

—Seguramente, querrá tomar algo —dijo ella, a la vez que se acercaba a una barra de diseño futurista.

—Dos dedos de *whisky*. Solo, por favor.

—Muy bien.

Ruby le entregó el vaso alto y luego fue hasta un enorme diván, en el que sentó, cruzando las piernas. Alargó la mano, abrió una caja y se puso un cigarrillo en los labios.

—Roy, deseo hablar muy seriamente con usted —manifestó.

—Estoy a su disposición —repuso el visitante.

—Se trata de lo que me dijo ayer, en el despacho. Yo le informé que Johnny tenía muchos enemigos. Esta vez, sin embargo, la cosa parece ir en serio.

—Ya lo creo —contestó él—. Dos personas han muerto ya...

—¿Cómo lo supo usted? —preguntó Ruby.

Asher vaciló un instante. ¿Debía relatar su historia una vez más?

Al fin de cuentas, se dijo, no estaba obligado por un secreto profesional. Y, sobre todo, su relato no había sido creído en un principio. No tenía ningún compromiso con nadie, máxime si se

pensaba que él no era el asesino profesional que la subastadora había creído contratar.

—Está bien, se lo contaré todo —dijo al cabo—. Es una historia auténtica, aunque sé que le parecerá increíble.

Ruby sonrió.

—Empiece a hablar, por favor —invitó.

Aunque fue escueto, Asher supo ser, sin embargo, lo suficientemente explícito para que Ruby conociera los detalles principales de la siniestra subasta. Al terminar, ella se quedó muy pensativa unos instantes.

—Roy —dijo al cabo—, ¿no le parece que ella conocía muy bien a los asesinos profesionales?

—Es evidente, aunque en mi caso, sufrió un grave error.

—Y tenía cuatro ayudantes...

—Sin duda, gente de toda su confianza, pero no lo suficientemente hábiles como para cometer los crímenes que ella subastó.

—Uno de esos ayudantes ha sido asesinado, acaba de decirme.

—Sí, a media mañana. Un tiro entre las cejas.

—¿Por qué, Roy?

—Lo ignoro. Aunque por otra parte, me parece lógico.

—A ver, explíquese.

—No sé qué decirle... Tal vez la subastadora temió que fuese infiel... Ella tenía que conocer a los cuatro forzosamente.

Ruby entornó los ojos.

—Roy, esas muertes van a costarle un montón de dinero —dijo.

—He sumado las cifras y el resultado exacto es de ochenta y seis mil dólares.

—Mucho dinero para vengarse de unos supuestos enemigos, ¿no cree?

Asher se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea de los motivos de su venganza —contestó—. Ciertamente, hay dos asesinos que ya se han ganado su soldada, pero en lo que a mí respecta, ha perdido los treinta mil dólares que me dio. Rectifico: la mitad de treinta billetes de mil dólares. No es que me los robasen; es que, a pesar de todo, hubiera ido a la policía con aquellos medios billetes, que hubiesen podido apoyar mi historia desde el primer momento.

—Roy, ¿no se le ha ocurrido que tal vez el asalto fue intencionado y no casual?

Asher se quedó parado un instante.

—Es posible —murmuró—. Mire, no se me había ocurrido pensar una cosa semejante.

—Quizá no fue un ladrón ocasional. Tal vez se diera cuenta ella de que había cometido un error y quiso corregirlo.

—En ese caso, no cabe duda de que lo consiguió, al menos, por el momento. Porque después han muerto Benning y Dort, y ello ha confirmado plenamente mi historia.

—Se lo he contado a Johnny. Ahora estará más prevenido que nunca —sonrió Ruby.

—¿Le ha dicho por qué quieren matarlo?

—Roy, ¿no recuerda su apodo?

—Eскурridizo, ¿eh?

—Como el mejor aceite.

—Bien, en todo caso, es su problema. Ya no sé qué más decirle...

—Aguarde, Roy. ¿No quiere otra copa? —sugirió ella.

Asher fijó la vista en la hermosa mujer que tenía frente a sí. Ruby sonreía incitantemente. Estaba ahora mucho más guapa, sin apenas maquillaje, y con pelo suelto. Ciertamente, era preciso admitir que tenía mucha experiencia... pero quizá eso la hacía doblemente atractiva.

—¿Por qué no? —sonrió—. Pero, sólo una copa...

—¿Es que quiere algo más?

—¿Quiere que le sea sincero?

—Se lo agradeceré.

Asher se acercó al diván, agarró la mano derecha de Ruby y tiró de ella, haciéndola ponerse en pie. Luego, con el brazo izquierdo, rodeó su cintura, apretando con fuerza, y buscó su boca. Al mismo tiempo, metió la mano derecha por el escote de la bata.

Tal como había supuesto, debajo de la seda no había otra cosa... la epidermis, cálida, suave... la perfecta redondez de un seno, alterada solamente por el pico de color rosado, ya duro y rígido.

Las dos lenguas se encontraron en ardiente choque. Ruby echó sus brazos al cuello del joven y se apretó contra él. Al cabo de unos momentos, se separó ligeramente y le miró sonriente.

—Hay algo mejor que una copa —murmuró.

—Vamos a probarlo —indicó él.

Mucho más tarde, Ruby se levantó y, desnuda, fue a buscar cigarrillos. Después de pasar uno encendido al joven, se sentó en el borde de la cama, ligeramente vuelta hacia él.

—Espero que guardes un buen recuerdo de este encuentro —dijo.

—No lo olvidaría, aunque viviese mil años —contestó Asher.

—Te recomiendo que lo olvides —aconsejó Ruby—. Es casi seguro que no se repeina.

Asher enarcó las cejas.

—Entonces, ¿por qué...?

—A veces, una mujer se siente sola.

—Eso pasa cuando no tiene la compañía que desea. Entonces, busca un sustituto.

Ruby emitió una ligera risita.

—Eres muy perspicaz —dijo.

Asher dejó el cigarrillo en un cenicero cercano y se puso en pie.

—Ruby, he pasado unos momentos muy agradables —declaró—. Sin embargo hay algo que siempre he detestado y es que me usen como... pieza de recambio.

—No puedes quejarte de mí...

—No me quejo. Has sido sincera hasta cierto punto y no has fingido el placer. Pero apostarí algo bueno que le has acostado conmigo por despecho.

—Sí, eres un buen psicólogo —murmuró ella.

—En mi oficio, es preciso serlo o se fracasa. ¿Quién es él?

Ruby suspiró.

—¿Quién va a ser? El Aceite.

—No quiere, ¿eh?

—Johnny sólo quiere... lo que tú acabas de tener. Pero yo quiero algo más.

—No entiendo. Tienes un buen empleo, ganas mucho dinero...

—El Funnie's Palace es un lugar que no me agrada. Estoy *allí*, precisamente porque gano dinero, pero me gustaría que Johnny lo vendiese y fundara otra clase de negocio. Simplemente, un buen restaurante, sin más, sin juego, salas de juego con unos reservados donde las parejas puedan retozar. Las parejas, o los tríos o los cuartetos Incluso, en ocasiones, se celebran orgías de una docena de

personas. ¡Es sencillamente asqueroso!

—Y Johnny no quiere dejar el negocio.

—Ni casarse conmigo —suspiró ella de nuevo—. Ya ves, en el fondo, soy una incurable romántica Pero como Johnny no va a saber lo que ha pasado entre tú y yo, la venganza no ha tenido lugar.

—Para ti sí ha existido. Y, en el fondo, eso es lo que importa.

Asher hablaba mientras se vestía. Al terminar, sonrió.

—De todos modos, gracias. Ruby.

Fue hacia la puerta, pero se volvió antes de abrir.

—Quiero pedirte un favor —manifestó.

—Si está en mi mano...

—Trata de averiguar por qué hay alguien que desea la muerte de El Aceite. Esta vez, la cosa es mucho más seria, Ruby.

—Intentaré sonsacarle.

Asher dejó una tarjeta encima de la consola situada junto a la puerta.

—Llámame en cuanto sepas algo interesante. —Sonrió ampliamente—. Y ojalá logres convencer a Johnny para que haga lo que desees.

—Eso es más difícil que mover la Gran Pirámide de su sitio —contestó ella melancólicamente.

Asher salió a la calle. Una mujer enamorada de un hombre que no se lo merecía. Se había entregado a él por despecho, e incluso había gozado... pero no era la pareja que ella quería tan ardientemente.

—En fin, son cosas de la vida —se dijo, mientras accionaba el arranque de su coche.

Cuando se apeaba, para entrar en su casa, vio que alguien corría hacia él.

—¡Roy!

Asher se detuvo. Iris se le acercó, un tanto enojada.

—Has tardado demasiado —se quejó la muchacha.

—Lo siento. Ya te dije que la cita era muy importante. Entra en casa; tomaremos una taza de café.

De pronto, Iris aspiró el aire con fuerza, husmeando como un sabueso.

—Una cita importante, ¿eh? —dijo, sarcástica.

—Pues...

—Es una anticuada. Le gusta el Chanel número cinco.

—Tienes buen olfato. Olfato de policía, claro —dijo Asher, no menos sarcástico—. Y en virtud de tu profesión, dime: ¿He cometido algún delito?

—Hombre, no...

—Entonces, ¿de qué te quejas?

—Ah, pero ¿me he quejado?

Asher meneó la cabeza.

—Será mejor que entremos en casa —propuso—. La calle no es el mejor sitio para conversar.

Abrió la puerta, encendió la luz y se echó a un lado para que Iris pudiera pasar. Luego entró él y se encaminó hacia la cocina.

—Pondré la cafetera al fuego —anunció.

Iris le siguió.

—Roy, he venido a proponerte una cosa —dijo.

—Estoy a tu disposición —contestó él, de espaldas a la muchacha.

—Sé dónde vive Frank Larrabee...

—¿El empleado?

—Sí.

—Le toca el número uno y su precio es el más bajo de todos: solamente siete mil dólares.

—Quizá por eso tenga más probabilidades de sobrevivir —apuntó Iris.

—Tal vez —Asher giró en redondo—. ¿Tratas de sugerirme que debemos visitarle?

—Exactamente, Roy.

Asher meditó unos segundos.

—Está bien, pero me gustaría saber qué diría tu jefe —respondió al cabo—. Supongo que él dirige las investigaciones del caso...

—En efecto, así es. Sin embargo, no es la primera vez que hago una cosa así. Nunca me lo ha reprochado.

—Quizá es porque no le has puesto en un compromiso, tenlo en cuenta.

—Hablar con Larrabee no significa ningún riesgo para la reputación del departamento —alegó ella.

—¿Es que tu jefe no lo ha hecho ya?

—Si lo ha hecho, no me lo ha comunicado. Pero, en todo caso, hay detalles que una mujer puede percibir mejor que un hombre.

—Ah, ya, la clásica intuición femenina... —Asher señaló la cafetera—. Puedes llenar las tazas —indicó—. Volveré enseguida.

Salió de la cocina y regresó a los pocos momentos. Iris volvió a olfatear la atmósfera.

—¿Te has duchado con loción? —preguntó.

—No quería que tu delicada pituitaria siguiese padeciendo los hediondos efluvios del Chanel número cinco —contestó Asher desenvueltamente.

Iris le miró y sonrió.

—Sería guapa, supongo —dijo.

—Muy hermosa —confirmó él—. Pero creo que no la veré más.

—¿Por qué?

—Está enamorada de otro.

—¿Lo lamentas?

—No ha sido un encuentro muy agradable, pero también fructífero.

—¿Puedo conocer su identidad?

—Claro. Es la amante del hombre, al que debe asesinar el pistolero número dos, Johnny Hillum, alias El Aceite.

Asher dejó la taza vacía a un lado.

—¿Vamos?

Iris asintió.

—Si —accedió.

## CAPÍTULO VI

El hombre abrió un poco la puerta y miró recelosamente a la pareja que estaba al otro lado.

—¿Qué desean? —preguntó hostilmente.

—Queremos hablar con usted, señor Larrabee —dijo la muchacha—. Por favor, es muy importante.

Asher se dio cuenta de que el sujeto tenía aún puesta la cadena de seguridad. «Tiene miedo», dedujo en el acto.

—¿Por qué? ¿De qué tienen miedo? —inquirió Larrabee—. Si son de la policía, ya han estado aquí otros oficiales. Les diré lo mismo que les he dicho a otros: no sé nada.

—Se lo ruego, señor Larrabee —insistió ella—. Su vida está amenazada, en grave peligro...

El hombre dudó un momento y, al fin, quitó la cadena. Al abrir, se pasó la mano derecha por la cabeza, muy escasa de cabello.

—No sé quién quiere matarme ni tampoco conozco sus motivos —declaró, con voz menos segura de lo que quería aparentar—. Por tanto, les ruego sean breves.

—Gracias —dijo Iris—. Pero quizá pueda darme algún detalle...

Larrabee era el tipo del perfecto burócrata, pensó Asher. Un hombre capaz de llevar minuciosamente los libros de contabilidad de una empresa, sin sufrir el menor error. Trabajaría por un salario más bien escaso, sin perspectivas, rutinariamente, pero sería fiel a su jefe. Ahora ya no le cabía duda de que sabía algo de gran importancia, pese a sus manifestaciones en contra.

—Déjame, Iris, por favor —rogó.

La muchacha se volvió para mirarle. Asher se encaró con el dueño de la casa.

—Frank, usted es contable —dijo.

—Sí —Larrabee respingó—. ¿Cómo lo sabe?

Asher sonrió ligeramente.

—No se preocupe —contestó—. ¿Dónde trabaja ahora?

—En una empresa de fertilizantes. Estoy muy bien considerado y gano un salario excelente. Los dueños, son dos, están muy contentos conmigo.

—Le felicito. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en esa empresa?

—Algo más de un año. El contable que tenían antes era un tipo chapucero, desordenado.

—En Larrabee, advirtió Asher, se percibía el acento del profesional orgulloso de sus habilidades. —Estuvo a punto de enviarles a la ruina. Yo arreglé todos los libros, puse las cosas en orden y este año, han repartido un considerable beneficio. Me dieron una buena recompensa...

—¿Y antes? ¿Dónde trabajó?

Larrabee se puso rígido en el acto.

Iris notó el cambio de actitud y frunció el ceño.

—Conteste —pidió.

—No pueden obligarme —se defendió el sujeto.

—Es cierto, pero puedo averiguarlo. Tardare, si quiere, más tiempo; el resultado será que acabaré sabiendo lo que usted intenta ocultar.

—Bueno, tampoco tengo la culpa de lo que sucedió... Yo soy solamente un experto en contabilidad...

—Que puede falsificar los libros, si es necesario —dijo Iris incisivamente.

Larrabee se metió un índice entre el cuello de la camisa y el suyo propio.

—No... no se podrá probar nada...

—O sea, que era algo ilegal —adivinó Asher.

Los ojos del individuo rodaron en sus órbitas.

—¡Maldita sea! —dijo crispadamente—. ¿Por qué tienen que hacer tantas preguntas? La sociedad se disolvió...

—¿Qué sociedad? —Le acosó Iris.

—Inversiones Coaligadas. Quebró... con un pasivo de varios millones...

—Apostarla algo a que fue una quiebra fraudulenta y que miles de inversores perdieron sus ahorros —dijo Asher—. Éste es mi terreno y entiendo un poco. En un caso así, hay que arreglar los libros, de modo que no ofrezcan dudas a los inspectores. ¿Cuánto le

tocó a usted de aquel asunto?

Larrabee le miró agónicamente.

—No diré una sola palabra más —contestó—. Si piensan algo malo de mí, vayan a la policía. Ya he hablado bastante...

Asher agarró el brazo de la muchacha.

—Creo que sí —respondió—. Vámonos, Iris.

Salieron a la calle. Larrabee, bañado en sudor, se dirigió a la cocina. Llenó la cafetera de agua y la puso sobre el hornillo. Necesitaba tomar un poco de café. Le hubiera gustado beberse media botella de licor, pero tenía un principio de úlcera y no se atrevía. Abrió la llave del gas, encendió un fósforo y lo acercó al hornillo.

Unos segundos más tarde, se produjo la explosión.

Iris y Asher estaban a punto de subir al coche, y vieron la enorme llamarada que se produjo en el interior de la casa. Las ventanas saltaron literalmente por los aires. La puerta voló hecha pedazos. Una de las paredes se derrumbó estruendosamente y el tejado se inclinó de forma peligrosa.

El viento de la explosión les hizo tambalearse. Asher creyó que se le habían roto los tímpanos. Iris tuvo que agarrarse al coche, para no caer al suelo.

Al cabo de unos momentos, cambiaron una mirada. La casa empezaba a arder. No había que soñar siquiera en entrar para intentar siquiera un posible rescate de Larrabee. Debía de haber muerto instantáneamente.

En la vecindad se oían gritos de alarma. A lo lejos, se percibió el aullido de una sirena policial. El estampido había llegado muy lejos y ya acudía un coche de patrulla.

—Roy, ¿qué número tenía el asesino de Larrabee? —preguntó ella, cuando se sintió con fuerzas para hablar.

—Número uno. Precio: siete mil dólares —contestó Asher sombríamente.

—Se los ha ganado.

Asher asintió. El chisporroteo de las luces del coche de patrullas se acercaba cada vez más rápidamente.

—¿Y qué diablos hacía usted en aquella casa? —preguntó el capitán Mulrooney a la mañana siguiente.

—Me pareció que debía hablar con Larrabee —respondió la

muchacha—. ¿Cómo podía imaginarme que le hubiesen puesto un paquete de cartuchos de dinamita en el horno de la cocina?

—Pudo haber perdido la vida...

—Pero estoy viva, ¿no? Y, además, averigüé algo interesante, una cosa que todavía no se sabe en el departamento.

Mulrooney sonrió irónicamente, a la vez que ponía los codos sobre la mesa y entrelazaba los dedos de las manos.

—Vamos a ver, sabihonda —dijo—. ¿Qué averiguó?

—Larrabee fue contable de Inversiones Coaligadas. Esa empresa quebró fraudulentamente. Larrabee era su contable y «arregló» los libros. No lo admitió, pero se veía claramente en sus respuestas.

El capitán hizo un gesto de asentimiento.

—Recuerdo el caso —murmuró—. Fue un bonito *crack* financiero. Veintidós millones de dólares, que se volatizaron como si alguien hubiese quemado los billetes, convirtiéndolos en humo.

—¿Supone que hay alguien que quiere vengarse...?

—Muchas personas quedaron completamente en la ruina y lo único que salvaron fue la ropa que llevaban puesta. Les embargaron todos sus bienes... y hubo nada menos que cinco suicidios.

Iris silbó.

—Vaya una catástrofe —murmuró.

—Benning era el directivo máximo de I.

C. Estuvo

a punto de ir a la cárcel, pero tenía buenos abogados y salió con bien del paso.

—Entonces, es de suponer que todos los demás, o sea esas personas cuyas vidas salieron a subasta, formaban parte de la sociedad.

—No estoy seguro. Las leyes son muy amplias... Benning era la cabeza visible y Dort también formaba parte del consejo directivo. Posiblemente, la sociedad, a efectos legales, quedaba completada con Larrabee. Pero habría más directivos, aunque en la sombra, no sé si me comprenderá.

—Sí, le comprendo, capitán. —Iris sonrió—. Le ruego me disculpe si hice algo irregular, aunque, por supuesto, no tenía nada de ilegal.

Mulrooney agitó una mano.

—No se preocupe —contestó—. Vuelva a su trabajo, Iris.

—Sí, señor.

De pronto, antes de salir, Iris recordó algo y se volvió hacia su jefe.

—Capitán...

—¿Sí?

—¿Hay novedades sobre la muerte de Dahler?

—Ninguna hasta ahora.

—Gracias, señor.

Iris volvió a su mesa y llamó a Asher, pero el joven no estaba en su casa. Habría salido, dedujo.

Le llamaría más tarde. Quería reunirse con él, después de la jornada de trabajo y comentar lo que había averiguado acerca de la quiebra de Inversiones Coaligadas.

En aquellos momentos, Asher estaba llamando a una puerta, que se abrió a los pocos momentos. Asher parpadeó asombrado al ver que la mujer que le recibía no era la sirvienta mexicana a quien había visto en la anterior ocasión.

—Hola —sonrió—. Busco a la señora Lassiter...

—Yo soy la señora Lassiter —respondió ella.

Asher la contempló unos instantes. Tenía unos cuarenta años, era alta, angulosa y más bien delgada, con el pelo de rata y los ojos acuosos. Vestía una gran túnica amarilla, con horribles bordados rojos y negros, larga hasta los pies, y en la mano izquierda sostenía una larga boquilla con un cigarrillo encendido.

Pretendía ser sofisticada, pero había en ella algo falso, carente de naturalidad. No era una mujer atrayente.

—Celebro conocerla, señora —dijo—. Desearía hablar con usted, si me lo permite...

—Claro —accedió ella—. Entre, por favor.

Asher cruzó el umbral. Zelda Lassiter caminó delante de él, se sentó en un diván y cruzó las piernas.

—Empiece cuando guste, amigo mío —dijo benevolentemente—. Ah, espere... Por favor, sírvame una copa de champaña. Usted también puede beber, si le apetece.

Asher procuró dominar su sorpresa. Vio un cubo con una botella sobre una mesa cercana. Se acercó a la mesa, cogió la botella, llenó una copa y se la entregó a la dueña de la casa.

—Yo no bebo, para mí es demasiado temprano —se disculpó.

—A mí me enloquece el champaña. No hay otra bebida igual, se lo aseguro, señor... Todavía ignoro su nombre.

—Asher, Roy Asher, señora Lassiter.

—Usted no ignora el mío. Úselo, por favor.

—Bien, Zelda... Oiga, el otro día me recibió una sirvienta mexicana...

—Ha tenido que viajar a San Diego. Su madre está gravemente enferma.

—Oh, comprendo... Zelda, ¿tiene usted algún enemigo que quiera asesinarla?

Sorprendentemente, Zelda se echó a reír.

—Oh, sí —contestó—. Hay varios que me matarían si pudieran. Los críticos literarios del *Los Ángeles Times*, del *Examinar*, de San Francisco, el *Clarion*, de San Diego... el del *Sacramento Register* dijo que por menos motivos habían utilizado la cámara de gas en San Quintín.

Asher se quedó estupefacto al oír aquella respuesta.

—No entiendo —dijo.

—Está claro, hombre —rió ella nuevamente—. Ésos eran los comentarios más elogiosos dirigidos a mi novela. Imagínese los adversos.

El joven emitió una sonrisa de circunstancias.

—Comprendo, pero yo hablaba en serio, Zelda —manifestó.

—¿Por qué no se explica mejor, Roy?

Asher habló durante algunos minutos. Al terminar, Zelda dejó la boquilla a un lado y aplaudió entusiasmada.

—¡Magnífico! —exclamó—. Un maravilloso argumento para mi próxima obra. Acaba de darme usted una idea estupenda... El título será *Vidas en subasta*...

—Zelda, esto no es cosa de broma —dijo Asher, furioso por lo que le parecía una conducta absolutamente inconsciente.

—Pero, hombre, ¿quién va a querer matarme a mí? —contestó ella—. No soy rica, aunque tengo lo suficiente para vivir moderadamente, carezco de parientes que tengan ansias de heredarme... Y, salvo escribir la novela, no he cometido crímenes que alguien desee vengar.

—Zelda, le aseguro que no es una historia inventada...

—Es usted encantador, Roy —dijo ella—. Inventada o no, es el

mejor argumento que podría soñar y lo aprovecharé para escribir una obra que será la admiración de todos. Los críticos literarios tendrán que tragarse todas sus mordacidades y admitir que, al fin, están delante de un genio.

Asher se dijo que no podía seguir luchando contra una mujer imposible. A fin de cuentas, él era el encargado de matarla y, naturalmente, no iba a hacerlo.

—Deseo que consiga el éxito que tanto ambiciona —dijo con fría cortesía.

—Sí, lo conseguiré... Pero será preciso ponerle unas gotitas de sexo para animar la narración. Claro que esto no se consigue sin una buena experiencia...

De pronto, Zelda se puso en pie y avanzó hacia el estupefacto visitante.

—Roy, un narrador no puede escribir de algo que ignora prácticamente —dijo Ayúdame a conseguir experiencias sexuales, para que pueda relatarlo después en mi libro...

—Claro, claro —contestó él, batiéndose en retirada—. Espera un momento; voy a comprar tabaco. Vuelvo dentro de cinco minutos, ¿eh?

—Está bien, pero no tardes. Regresa pronto, amor mío —pidió Zelda ansiosamente.

## CAPÍTULO VII

—¿Y qué hiciste después? —preguntó Iris, mientras se disponían a cenar en un discreto restaurante.

—Si me ve un entrenador de atletismo, me contrata para correr los cien metros lisos, en las próximas Olimpiadas —contestó él.

Iris se echó a reír.

—¿Tan fea es?

—Cuarentona, alta, casi esquelética, hipócritamente sofisticada... Tiene muy poco de agradable, Iris.

—Pero tú deberías haberla complacido. Ya le diste una idea para su historia. Debía añadir el ingrediente sexual y, ¿quién mejor que tú para hacerle conocer cierta clase de experiencias?

—Iris, no te burles de mí —suplicó Asher—. De todas formas, he averiguado algo esencial: no hay motivos para que nadie pueda desear su muerte.

—Eso lo dice ella, Roy —puntualizó la muchacha.

—Por lo que pude apreciar, hablaba en serio. Al menos, en este aspecto.

—Pero el caso es que alguien quiere que muera...

—Sí, es cierto. ¿Quién?

—Roy, he averiguado algunas cosas de la IC —dijo Iris.

—¿Quién te las ha contado?

—El capitán Mulrooney, naturalmente. La IC quebró y cientos o miles de inversores, se vieron en la ruina más absoluta. Larrabee era el contable y Alvah Dort uno de los peces gordos. Benning era el jefe.

Asher entornó los ojos.

—Entonces, hay alguien que quiere vengarse de la ruina sufrida a causa de la quiebra —dijo.

—Parece un motivo muy verosímil —convino la muchacha.

—En cierto modo, Iris.

—¿Cómo?

—Una persona arruinada, que quiere vengarse de los causantes de su desdicha, no tiene ochenta y seis mil dólares, para emplearlos en otros tantos asesinos profesionales. Es mucho dinero, te lo aseguro.

—¿Y si la subastadora se hubiese puesto de acuerdo con otros perjudicados, para reunir la suma necesaria y matar a los causantes de sus pérdidas monetarias? La subasta fue un acto muy teatral, planeado hasta los más ínfimos detalles... pero enormemente eficaz. Tú estuviste con cinco asesinos profesionales y no sabrías reconocer ahora a ninguno de ellos, ¿verdad?

Asher asintió.

—Cierto —dijo.

—Para mí, los perjuicios de la quiebra de la IC, siguen siendo el motivo principal. Entre tantos inversores, habría más de uno que no quisieron resignarse a seguir siendo mansos corderos. No recobrarán el dinero, pero los defraudadores tampoco podrán disfrutarlo.

—Es un argumento muy lógico, Iris. Sabemos que los tres que han muerto, tenían algo... mucho que ver con la IC, pero ¿qué me dices de los otros tres? Un hombre de negocios, el dueño de un garito... y una escritora histérica y menopáusica.

—Algo tuvieron que ver...

—Zelda dijo que en su vida había oído hablar de esa compañía.

—Lo dijo, pero ¿es verdad?

Asher se puso ambas manos en el pecho.

—Yo no tengo medios de averiguarlo —contestó.

—Investigaré —prometió Iris—. Y ahora, ¿por qué no nos ocupamos de la cena?

—¡Santa palabra! —exclamó él jovialmente.

De repente, se acordó de Millicent Crawford.

Y no lo sintió, no lamentaba en absoluto haber cortado toda relación con la hija del Gran Jefazo.

Aquella misma noche, fue al Funnie's Palace. La camarera que le había atendido en la otra ocasión, le reconoció enseguida.

—Sigo teniendo un lugar apropiado para guardar... cosas —dijo, mientras le servía una copa.

Asher la estudió críticamente. Era una hermosa morena, de

silueta opulenta y ojos maliciosos. Le pareció más joven que Rudy Fordham.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—¿Qué nombre quieres? —dijo ella.

Asher levantó las cejas, sorprendido.

—¿Tienes más de uno?

—Aquí me llaman todos Sally. El nombre verdadero es Cordelia.

—Muy aristocrático. Cordelia, me gustaría hablar con el jefe.

¿Puede ser?

Ella dudó un momento.

—Quizá. Aún no ha llegado la señora Fordham. Aguarda un momento, iré a ver.

Cordelia se alejó, para regresar a los pocos momentos.

—Está solo en su despacho —informó.

—Gracias. —Asher enseñó un billete de diez dólares, pero, sorprendentemente, Cordelia lo rechazó con un ademán.

—¿Por qué no me lo entregas luego? —sugirió la *barmaid*, mirándole a través de los ojos entornados.

—Dime la hora...

Cordelia consultó el reloj de pulsera.

—He hecho el turno de tarde. Terminaré dentro de treinta minutos. Podemos tomar una copa en mi apartamento.

Asher se apeó del taburete.

—Hecho —aceptó.

Por segunda vez, recorrió aquel pasillo y llamó a la puerta señalada con el indicativo de «Privado». Inmediatamente, le concedieron el permiso y abrió.

Desde el umbral, miró con ojos de reproche al corpulento individuo que estaba situado tras la mesa.

—Señor Hillum, para ser un hombre cuya cabeza vale quince mil dólares, es usted muy poco prevenido —dijo.

Hillum sonrió. Su mano derecha estaba encima de la mesa y el índice se apoyaba sobre un botón situado a su derecha.

—Entre —dijo—, y verá las precauciones que he tomado. Desde hace tiempo, no vaya a creer que es cosa reciente.

Asher cruzó el umbral y cerró la puerta, provista de un grueso acolchado en su interior. Entonces, el índice de Hillum presionó el botón.

Detrás de él y por encima de su cabeza, se descorrió un panel de madera de roble. Dos pistolas ametralladoras, en montaje gemelo, asomaron por el hueco.

—Apártese —ordenó Hillum.

Asher obedeció. Un segundo después, las dos ametralladoras vomitaron una corta pero ensordecedora ráfaga de proyectiles.

Hillum apretó otro botón y las ametralladoras desaparecieron. Asher, pasmado y con los oídos doloridos, volvió la vista hacia la puerta, en la que, a la altura de la cintura de un hombre, aparecían los impactos de las balas.

—Hay una plancha de hierro debajo del acolchado —dijo Hillum—. Si usted hubiera intentado sacar una pistola, ya estaría muerto.

—Pero... se le puede disparar desde un punto situado fuera del campo de tiro...

—Aguarde un momento.

Las ametralladoras surgieron de nuevo. Hillum manejó un control remoto situado en la misma mesa, y los dos cañones apuntaron directamente al cuerpo del visitante.

Asher dio un tremendo salto.

—Guarde eso —gritó, pálido como un difunto.

Hillum se echó a reír.

—Sabía que no llevaba armas —dijo—. El detector de la entrada, en el que no ha reparado, me ha informado de que es un hombre inofensivo. Tengo un coche blindado y mi apartamento privado está igualmente protegido. Ahora, hable, señor Asher.

—Ah, me conoce usted...

—Estuvo a verme el otro día y yo me hallaba momentáneamente ausente. Ruby le recibió en mi nombre y me dio su descripción.

—Entonces, conoce la historia.

—Con puntos y comas. Ruby no tiene secretos para mí.

«¿Te contó que nos fuimos juntos a la cama?», preguntó Asher mentalmente. Pero no se atrevió a expresar sus pensamientos en forma verbal.

—En tal caso, sólo falta que me diga...

—Ya está dicho todo, amigo mío. Si un asesino profesional quiere llegar hasta mí, encontrará la respuesta que se merece. Aquí, en la calle, en mi casa... donde sea. ¿Está claro?

—Sí, pero ¿por qué?

Hillum se puso serio repentinamente.

—No tengo que darle ninguna explicación. La entrevista ha terminado.

Asher comprendió que Hillum no añadiría una sola palabra más y se encaminó hacia la puerta. Contempló los agujeros abiertos por las balas en el lujoso acolchado de cuero y se volvió hacia el dueño del garito.

—La reparación será cara, pero a usted no le importará en absoluto. La quiebra de Inversiones Coaligadas le dejó dinero suficiente para esta y otras fruslerías, ¿verdad?

El rostro de Hillum se deformó por la rabia. Asher salió, seguro de que sus palabras habían sido tan certeras como las balas salidas de las dos ametralladoras, con las que se protegía el propietario del Funnie's Palace.

Cordelia salió por la puerta lateral. Asher la tomó por el brazo y la condujo hasta su automóvil.

—Me indicará el camino —dijo.

—Claro.

Asher observó, sorprendido, la modestia de la indumentaria de la *barmaid*: *un vestido de color azul oscuro, cerrado de cuello, con manga corta, y zapatos de medio tacón. El cambio era radical.*

Media hora más tarde, Cordelia abrió la puerta del apartamento. Asher entró detrás de la joven. Cordelia lanzó el bolso a un lado y sacudió sucesivamente los pies, para lanzar los zapatos al aire.

—¡Uf! —suspiró, evidentemente aliviada.

—El trabajo es cansado, ¿eh?

—No te lo puedes imaginar —sonrió ella—. Mira, ahí tienes *whisky*. En el frigorífico encontrarás hielo. Voy un momento al tocador.

—Está bien.

Cordelia regresó a los pocos minutos, vestida con una liviana bata larga. Se había limpiado la cara de maquillaje y parecía así aún más atractiva que en el bar.

Aceptó el vaso que le tendía Asher y lo chocó con el del joven.

—Chin, chin...

—Lo mismo digo. Cordelia, eres muy guapa.

—Gracias.

—Me llamo Roy Asher. He estado hablando con tu jefe. ¿Sabes

que está amenazado de muerte?

Ella le miró por encima del vaso alto.

—Lo extraño es que siga vivo —contestó.

—Ah, tiene enemigos...

—Más que yo pelos en la cabeza. Pero ninguno se atreve a atacarle. Saben que está muy bien protegido y temen su venganza.

—El enemigo del que hablo es muy peculiar. Ya ha conseguido tres víctimas. Hillum está en su lista.

Cordelia fue hacia el diván, apartó unos libros que había allí y se sentó, un tanto preocupada.

—Debe de ser por el asunto de la IC —dijo.

—¿Sabes algo sobre el caso?

Ella rió amargamente.

—Demasiado. Me costó cinco mil dólares... y la pérdida de un par de cursos en mi carrera —contestó.

Asher respingó.

—¿Es que... estudias? —dijo.

Ella cogió uno de los libros y lo levantó en alto. Asher, estupefacto, leyó:

—Tratado de Psicología... Oye, nunca fui capaz de imaginarme...

—Ya hubiese conseguido el título, si no hubiera sido por aquella estupidez mía. Abonaban un interés demasiado crecido... y puesto que lo mismo me daba, invertí mis ahorros en aquellos odiosos bonos. Ahora estoy ahorrando y aunque el dinero me produzca menos, está mucho más seguro en un Banco acreditado. A principios de curso, me habré recuperado de las pérdidas y podré asistir a la universidad.

—Y serás graduada en Psicología.

—Exactamente. Mientras tanto... —Cordelia tomó otro sorbo—. Bueno, ya ves lo que me veo obligada a hacer.

—Lo siento...

—Oh, no te preocupes. Estoy en la barra, ciertamente, y has visto de qué forma, pero no traigo hombres a mi casa. No es mi costumbre, Roy.

—A mí me has traído —dijo él.

—Porque, de todos los que me lo han propuesto, eres el único que trata de darle a Hillum su merecido.

—Un momento. Hillum está amenazado de muerte, pero no debes confundirme con un asesino...

—Por favor, Roy. Lo que quise decir es que estás investigando el asunto de la IC. Está solucionado oficialmente, pero se puede reabrir. Y aunque no recobre nunca mi dinero, sentiré un placer inmenso el día en que Hillum vaya a parar a la cárcel.

—¿Y si lo matan?

—No soy tan rencorosa —contestó ella—. Pero no lo sentiré demasiado.

—Está bien —dijo Asher—. ¿Por qué no me cuentas todo lo que sepas de ese granuja?

Cordelia habló durante unos minutos. De pronto, dijo algo muy interesante.

—Hace algún tiempo vino a verle una mujer. Yo no la había visto en mi vida pero sé que tuvieron una terrible discusión en el despacho. Incluso ella le arañó; vi las señales en su cara. Aunque desde luego ignoro los motivos de la discusión. Sólo fui a llevarles una botella de champaña que él no tenía en el despacho...

—¿Sabes el nombre de la mujer? —preguntó él.

—Sí. Zelda Lassiter.

Asher sonrió.

—No sabes el favor que me has hecho, encanto. Gracias por todo, Cordelia.

Ella le retuvo repentinamente por un brazo.

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó.

Asher la contempló durante unos instantes.

—Eres una excepción —añadió la joven.

—¿Por qué?

Cordelia le abrazó.

—Muchos se portan como bestias, sólo por el hecho de que esté desnuda tras la barra. Tú, en cambio, has sido siempre atento y discreto.

—Gracias...

—Y ahora quiero que te portes como un hombre —pidió ella ardorosamente. Le besó en los labios, le miró y añadió—: Soy psicóloga y eso me ha servido para traerte a mi apartamento. No me defraudes, Roy.

—No te defraudaré —prometió él, no menos apasionadamente.

## CAPÍTULO VIII

Johnny Hillum acomodó los billetes en el maletín de ejecutivo, lo cerró y se dispuso a abandonar su despacho. El local estaba casi desierto; sólo quedaban algunas camareras, vistiéndose en sus camerinos, y su fiel chófer y guardaespaldas, que ya esperaba en la calle, junto al coche blindado.

Hillum se encaminó hacia la puerta, la abrió y cruzó el umbral. Al día siguiente, tendría que hacer reparar los desperfectos. Era una demostración que le había salido cara, pero el resultado merecía la pena. Si Asher tenía más amigos, convenía que supieran con quién se la estaban meando.

Avanzó hacia la salida, repartiendo saludos y sonrisas. De pronto, una de las camareras, todavía en la barra, ocupada en recoger las últimas copas vacías, agitó la mano.

—Le llaman por teléfono, señor Hillum —dijo, a la vez que agitaba el aparato.

Hillum frunció el ceño.

—¿Quién es, Clarissa?

—Lo ignoro, señor. Sólo dijo que era muy urgente...

—Está bien, pásalo a mi despacho.

—Sí, señor.

A aquellas horas, el comunicante debía de querer decirle algo importante. Hillum no gustaba que sus conversaciones fuesen escuchadas. En su negocio, la discreción era la norma imperante.

Volvió sobre sus pasos. Llegó al despacho, sacó la llave y la insertó en la cerradura. Le gustaba estar presente cuando se hacía la limpieza; no quería que alguien pudiera dejarle un día algún sistema de escucha.

Alargó la mano hacia su izquierda y encendió la luz. Al avanzar un paso, vio las dos ametralladoras, fuera de su panel, apuntándole siniestramente.

Hillum abrió la boca para gritar. Su alarido de agonía fue cortado brutalmente por el fragoso estruendo de las dos máquinas infernales que escupían chorros de fuego y metal.

El cuerpo de Hillum se agitó espantosamente, sacudido por las balas que penetraban a gran velocidad en su carne. Pequeños surtidores rojos brotaron de los puntos de impacto. Luego, de súbito, dio un tremendo salto hacia atrás, con los brazos abiertos, como si fuese a volar, y cayó de espaldas.

Su cabeza se dobló a un lado y sus pies se agitaron unos instantes. Luego se quedó inmóvil.

La gente que todavía quedaba en el local acudió a la carrera, atraídos todos por el terrible estruendo de las ametralladoras. Al ver a Hillum caído en el suelo, en medio de un lago de sangre, se produjeron las consiguientes escenas de pánico e histerismo.

Nadie se apercibió de la ventana que estaba abierta, al otro lado de la puerta. Ninguno de los presentes vio la sombra que se deslizaba silenciosamente hacia un coche estacionado a cierta distancia. Al fin, una camarera recobró la serenidad suficiente para avisar a la policía.

Dormía profundamente, boca abajo, cuando sintió una palmada en las posaderas.

—¡Arriba, gandul! —exclamó Cordelia alegremente.

Asher emitió un gruñido y se tapó la cabeza con la almohada.

—Tú no eres psicóloga ni cosa que se lo parezca. Si lo fueses, sabrías que en estos momentos sólo quiero dormir.

—Es que son casi las once de la mañana, encanto. Tengo el café hecho. Si quieres, pondré algo más sólido...

Asher se revolvió y acabó sentándose en la cama. Cordelia, trente a él, cubierta con la bata, te miraba sonriente.

—Un par de tostadas, mantequilla y mermelada —dijo Asher—. ¿Tienes jugos de fruta?

—Sí, claro.

—Entonces, eso es suficiente.

—Tendrás todo listo cuando salgas del baño, Roy.

—Gracias, preciosa.

Asher estiró los brazos, bostezó y acabó por levantarse. Había sido una noche muy agradable. Cordelia, además de hermosa, era muy atractiva en otros aspectos. Resultaba mucho más natural,

menos sofisticada que Ruby Fordham. Claro que...

—Cada cual en su esfera —murmuró, mientras abría el chorro de agua de la ducha.

Cuando terminaba de secarse, oyó que se abría violentamente la puerta del cuarto de baño. Volvió la cabeza, un tonto alarmado.

Cordelia apareció en el umbral, terriblemente pálida.

—Han asesinado a Hillum —anunció.

Asher se quedó petrificado.

—No —murmuró.

—Acabo de oír la noticia por la radio. Hillum tenía dos ametralladoras escondidas en su despacho, como protección contra posibles intentos de asesinato. Alguien entró subrepticamente y las hizo funcionar. El forense dice que tiene más de treinta impactos de bala en el cuerpo.

Asher asintió.

—Las vi funcionar anoche —dijo—. ¿Tú lo sabías?

Cordelia negó con la cabeza.

—Ni idea —contestó—. Pero... es terrible...

—Mucho —convino él—. ¿Tienes teléfono?

—Sí, claro.

Asher se vistió a medias y corrió hacia la sala. Marcó el número de jefatura y pidió que le pusieran con Iris Suffolk.

La muchacha contestó a los pocos instantes.

—¡Roy! ¿Dónde te has metido? Estoy llamándote desde las ocho de la mañana...

—Estuve haciendo algo... muy importante, pero hasta este momento no me he enterado de la noticia.

—¿Qué número le fue asignado al pistolero que debía matar a Hillum?

—El dos. Por quince mil dólares.

—Se los ha ganado y de la forma más asombrosa que te puedas imaginar. Hillum tenía dos ametralladoras...

—Lo sé. Anoche estuve hablando con él.

—¿Cómo? —Respingó la muchacha.

—Fui a verle. Se mostró muy fanfarrón, cuando le dije que alguien quería asesinarle. Entonces, me hizo una demostración de sus ametralladoras. Se me pusieron los pelos de punta, créeme.

—A pesar de todo, lo han matado, con sus propias

ametralladoras, Roy.

Asher silbó tenuemente.

—Increíble —calificó—. No entiendo cómo...

—Parece que le llamaron cuando ya había salido del despacho; es decir, recibió una llamada telefónica, y volvió sobre sus pasos, ya que, según se ha podido averiguar, no le gustaba que nadie escuchase sus conversaciones por teléfono. Volvió sobre sus pasos, abrió la puerta...

—Y había alguien tras la mesa de despacho, manejando los controles de las armas.

—Así sucedió, Roy —confirmó Iris.

—Eso significa que el asesino entró por alguna ventana.

—Lógicamente.

—Pero si hubo una llamada telefónica, el número dos tuvo que contar con un cómplice. Eso no parece lógico en un asesino profesional, ¿no crees?

—No, no parece lógico, pero así sucedió, Roy. Por cierto, ¿conseguiste algo?

—Sí, un dato muy importante. Aunque no lo admitió, estuvo implicado en el asunto de la IC. Cuando se lo dije, se descompuso. Creí que iba a dispararme con sus malditas ametralladoras.

—Entonces, estaba complicado... —murmuró ella.

—No cabe la menor duda. Y, otra cosa también muy importante: Zelda Lassiter debía de estar asimismo mezclada en el asunto.

—¿Cómo lo sabes, Roy? —se asombró Iris.

—Tengo mis propios canales de información —respondió él, a la vez que pellizcaba suavemente a Cordelia, situada a su lado—. Hace algún tiempo...

—Unos tres meses —susurró Cordelia, hablándole al oído.

—Hace unos tres meses, Zelda fue a verle y tuvieron una discusión espantosa. Zelda, incluso, le arañó en la cara.

—Roy, no puedo seguir hablando. ¿Te parece que nos veamos después de las cinco?

—Lo intentaré —contestó él.

—¿Por qué?

—Voy a hablar inmediatamente con la escritora.

—Procura estar en tu casa a esa hora.

—Está bien.

Asher colgó el teléfono y se volvió hacia la joven.

—Lo siento. Me gustaría quedarme todo el día, pero no va a ser posible.

Cordelia emitió una sonrisa de simpatía.

—No te preocupes, lo comprendo —respondió—. Pero, al menos, tomate una taza de café.

—Sí, lo necesito —suspiró él.

Zelda Lassiter abrió la puerta, reconoció al visitante y sonrió.

—Pasa, estoy dispuesta —dijo.

—¿Cómo?

—La experiencia sexual, tonto —exclamó Zelda—. No se puede escribir acertadamente de algo que no se conoce en la práctica.

—Mira, encanto, yo no he venido aquí a revolearme contigo en la cama —respondió él, habiendo decidido de pronto ser un poco brusco—. Estás terriblemente apetitosa —mintió con todo descaro—, y en otra ocasión, sería capaz de violarte, «a lo vikingo».

Ella juntó las manos.

—¡Oh, sería maravilloso!

—Déjate de tonterías. Hillum ha sido asesinado.

—No lo conozco. Te lo dije el otro día.

—Estás mintiendo. Le conoces. Lo visitaste, por lo menos, una vez, en el Funnie's Palace. Tuviste con él una terrible discusión y acabaste arañándole la cara.

Zelda dejó de sonreír.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Y eso, ¿qué importa ahora? ¿Por qué fue la discusión?

—Imagínatelo.

—Por el asunto de las Inversiones Coaligadas.

—Sí.

—¿Cuánto dinero te atraparon?

—Oh... unos doce mil...

—Fuiste a reclamarle y él se negó a reembolsarte las pérdidas.

—Exactamente.

—Oye, no irás a sospechar que he sido yo quien se ha cargado a ese tipo —añadió.

—Claro que no. Pero figuras en la lista, recuérdalo.

—Sí, me lo dijiste...

—Ya sólo quedáis dos: un tal Rystler y tú. ¿Quieres un buen

consejo?

—Creo que me conviene, Roy.

—Haz tus maletas y lárgate de la ciudad cuanto antes.

—Sí, me iré ahora mismo.

Asher se dispuso a marcharse, pero, de pronto, dio media vuelta y se enfrentó nuevamente con la escritora.

—Zelda, ¿de veras no tuviste nada que ver con la IC?

—No —contestó ella rotundamente.

—Aléjate una temporada, hasta que todo haya pasado —dijo.

—Descuida. Roy, cuando vuelva, te llamaré.

—¿Cómo?

—La experiencia sexual —sonrió Zelda—. Compraré libros especializados, para complacerte, observar tus reacciones...

Subió al coche y emprendió el camino de regreso a su casa. Se preguntó si le convendría visitar a Rystler, el otro de los amenazados que aún seguía vivo, pero decidió esperar a la tarde, para discutir el asunto con Iris.

## CAPÍTULO IX

Cuando Iris llegó a casa de Asher, lo encontró sentado ante una mesita baja, hojeando las páginas de la guía telefónica. Iris dejó su bolso en una silla y se sentó a su lado.

—Estás buscando algo —dijo.

—Sí —admitió él—. Un detalle en el que hemos reparado muy poco y que me tiene sumamente intrigado.

—¿Puedo saber de qué se trata?

De pronto, Asher lanzó una exclamación, a la vez que señalaba un punto con el índice.

—Ah, aquí está.

—¿Quién es?

—R. T. Ashell.

Iris se quedó sin aliento.

—Son tus iniciales...

—Pero el apellido tiene un final algo diferente.

—Y eso motivó la confusión.

—Indudablemente. Los dos gorilas que vinieron a buscarme, se confundieron.

Ella arrugó el entrecejo.

—La dirección es muy distinta —objetó—. Eso podría haber evitado la confusión.

—En efecto, si la subastadora se la hubiera indicado por escrito. Pero si se lo dijo por teléfono...

—Aun así, el error es demasiado grande.

—Tal vez sólo mencionó el nombre y ellos se ocuparon de buscarme —apuntó el joven.

—Sí, cabe la posibilidad —admitió Iris—. A pesar de todo, fue un error mayúsculo.

—Pero todo esto, me hace pensar en una cosa, Iris, en algo que, de tan evidente, casi hemos pasado por alto.

—¿Qué es, Roy?

—En aquella sala donde se efectuó la subasta, nos congregamos seis hombres, más la subastadora y sus gorilas. Cinco eran asesinos profesionales.

—Sí, en efecto.

—Iris, un asesino profesional no se anuncia en las páginas amarillas de la guía. Vive una existencia normal, puede que sea, incluso, un amante padre de familia, tal vez le gusta cuidar de sus rosales... o tiene el *hobby de la carpintería y hace muebles para la casa, en el tallercito del sótano. Pero cuando le contratan, sale de su escondrijo, mata a la víctima, cobra sus honorarios y vuelve a su vida gris y sin relieve.*

—Es una descripción sorprendentemente exacta —sonrió la muchacha—. Pero aún no me has dicho adónde quieres ir a parar.

—¿Conoces tú, en estos momentos, y eso que eres policía, a un asesino profesional?

—No.

—La subastadora conocía nada menos que a seis. No uno ni dos, sino seis. ¿Cómo lo averiguó? ¿De dónde consiguió esa información secretísima?

Iris se pellizcó el labio inferior.

—Tuvo que hacer muchas investigaciones y durante mucho tiempo —murmuró.

—No cabe duda, y aun añadiría yo, que empezó a fraguar su plan apenas se produjo la quiebra de la IC. Ocurrió hace unos tres años.

—Sí, es tiempo más que suficiente para buscar a los ejecutores de su plan. Pero, a pesar de todo, le quedó algún dinero...

—Ya te dije que es probable que se reunieran varios afectados, para concertar la venganza. En tal caso, la subastadora actuaría como una especie de miembro ejecutivo del grupo.

—Te lo expresé el otro día: «Te has quedado con mi dinero, pero no lo vas a disfrutar» —recitó Iris. Golpeó la guía telefónica con la uña del dedo índice—. ¿Qué piensas hacer con Ashell, Roy?

—¿Qué te parece si le hiciéramos una visita?

Iris vaciló un momento.

—No sé...

—No tienes necesidad de mencionar que perteneces a la policía.

No estás de servicio ni vas a practicar ninguna detención.

—Está bien, pero haremos una cosa. Tengo la placa y el revólver en el bolso. Los dejaré en tu casa; sólo llevaré conmigo el permiso de conducción.

—Eso es casi como si te quedaras desnuda —sonrió él.

—No seas... obsceno —protestó la muchacha—. Aunque bien te gustaría verme así, ¿no es cierto?

—Si lo niego, ¿me creerás?

—No —contestó ella rotundamente, a la vez que se ponía en pie. Asher se incorporó también.

—Muy bien, vamos a ver a mí «colega» —dijo.

—He estado con Zelda Lassiter. También resultó afectada por la quiebra de la IC —dijo el joven, mientras conducía su automóvil.

—¿Perdió mucho?

—Unos doce mil dólares.

—Y, sin embargo, figura en la lista. ¿Por qué?

Asher hizo un gesto con la mano.

—Lo único que puedo decirte es que visitó a Hillum y discutió con él violentamente, hasta llegar incluso a arañarle la cara.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó ella, sorprendida—. Antes lo mencionaste, pero no quisiste...

—Oh, no lo intentes, no pienso decírtelo —respondió Asher alegremente—. Zelda se ha marchado ya de la ciudad, lo cual le permitirá salvar la vida. Espero que Rystler lo consiga también.

—Está perfectamente vigilado —declaró la muchacha.

—Bueno, eso me evita verle. Pensaba hacerlo, pero si la policía ha tomado cartas en el asunto, no voy a hacer el papel del entremetido curioso e inoportuno.

—Ya lo has hecho, en lugar de trabajar —le reprochó ella.

—Soy un parado. Por cierto, tengo que ir a la Oficina de Desempleo, para inscribirme y cobrar el subsidio correspondiente.

Iris se volvió en el asiento y le miró, sorprendida.

—¿Cómo? ¿No trabajas?

—Me despidieron al día siguiente de darme el alta en el hospital. Fui a mi oficina, me llamó el Gran Jefazo y me echó el gran rapapolvo, para acabar indicándome el camino de la calle.

—Pero ¿por qué? No había motivos, me parece.

—Dijo que no quería tener empleado a un individuo que

organizaba peleas callejeras y que se emborrachaba como una cuba.

—Pero te asaltaron...

—Él no lo quiso creer así, Iris.

—Me pregunto de dónde pudo sacar esa historia absurda —dijo la muchacha.

—A mí también me gustaría saberlo, pero, si quieres que te diga la verdad, ya no me preocupa demasiado. Es cierto que perdí un buen empleo, con muchas perspectivas; que acaso hubiera acabado casándome con la hija del Gran Jefazo... pero las cosas salieron de otro modo y no pienso lamentarme. Sería mucho peor.

—De modo que la hija del jefe...

—Sí, me miraba con buenos ojos, Iris.

—¿Es guapa?

—Muchísimo.

—¿Lo sientes?

—Ya se me ha pasado. Ni me acuerdo siquiera de ella.

—A juzgar por tus andanzas, que siempre terminan en una cama, y no solo, la has olvidado, es cierto —dijo Iris ácidamente.

—No soy un cazador furibundo, pero si la pieza se pone a tiro...

—Eres... —Ella se sentía indignada—. Debatía dejarte ahora mismo, especie de sátiro, maníaco sexual, Casanova de pacotilla...

—¿Por qué te enfadas? —preguntó él tranquilamente—. Entre tú y yo no hay ningún lazo que te permita reprocharme ciertos aspectos de mi vida privada. ¿Me he enfadado yo por lo que hayas podido hacer en tus ratos libres?

—Soy una mujer honesta —protestó Iris.

—Las mujeres honestas también gustan del sexo. No temas, no te haré ningún reproche. ¡Pero tú tampoco tienes derecho a quejarte de mi comportamiento!

—¡Para! —vociferó ella, fuera de sí—. Para inmediatamente; no quiero volver a verte más en los días de mi vida...

Asher sonrió, a la vez que arrimaba el coche a la acera.

—¿Te vas a ir ahora? —preguntó.

Iris se apeó y cerró de un portazo.

—No intentes verme jamás...

—Es una lástima. Tendré que ir solo a hablar con Ashell. Nos hemos detenido justo ante la puerta de su casa.

La muchacha vaciló.

—Conforme, pero en cuanto hayamos terminado...

—Volverás conmigo a mi casa.

—Ni lo sueñes.

—Entonces, te llevaré la placa y el revólver a la jefatura.

Iris pateó el suelo con fuerza.

—Soy una tonta...

—Lo eres, porque te enfadas tontamente por algo que no merece la pena. —Asher saltó del coche y agarró con firmeza el brazo de la joven—. Sólo porque te haya conocido a ti no voy a dejar de mirar a otras mujeres.

—Si sólo fuese mirarlas... —suspiró ella.

Asher sonrió para sí.

—Dejemos a un lado nuestras diferencias y concentrémonos en el esfuerzo común —dijo altísonamente.

El hombre que abrió la puerta aparentaba unos cuarenta años y era de regular estatura, con un pequeño bigote, casi estilo Charlot. Estaba en mangas de chaleco, tenía puestas las gafas de lectura y llevaba un diario en las manos.

—Si son propagandistas de alguna secta, la respuesta es no —dijo desabridamente—. Tampoco me gustan las encuestas; no deseo comprar terrenos en ninguna urbanización y tengo todos los seguros que puedo necesitar.

—No propagamos ninguna religión, no vendemos terrenos ni hacemos encuestas. Pero sí vendemos pólizas de seguro —dijo Asher tranquilamente.

—¿Lo ven? —sonrió el hombre—. Largo...

—Nuestras pólizas de seguro cubren el riesgo del mal funcionamiento de una pistola o de un fusil, y también del silenciador, cuando se usa y no evita el ruido.

Ashell se quedó parado un instante.

—No le entiendo en absoluto, señor...

—Asher. Casi igual que usted, pero con «r» en lugar de dos «l».

—¿Le importa que entremos? —rogó Iris.

—Creo que no tenemos nada que hablar —dijo Ashell envaradamente.

—Por favor, sólo se trata de un par de preguntas sin importancia. —El joven se volvió hacia su acompañante—. Iris, ¿no me dijiste que tu marido se había vuelto insoportable?

Ella respingó un instante, pero comprendió en el acto.

—¡Le odio! —exclamó.

—En tal caso, el amigo Ashell quizá pueda solucionarnos la papeleta, rápida, diestra y silenciosamente —dijo Asher con acento intrascendente.

—Entren —dijo Ashell roncamente.

La puerta se cerró unos instantes. Ashell se volvió hacia los visitantes.

—¿Qué es lo que desean? —preguntó.

—Contratarle —repuso el joven lacónicamente.

—Soy caro —alegó Ashell.

—Pagaremos lo que sea —dijo Iris.

—Está bien, aguarden un momento, por favor.

Ashell se metió dentro de la casa. Asher cogió el periódico que el otro había lanzado sobre un sillón, y empezó a ojear distraídamente los titulares de primera página.

A los pocos segundos, apareció Ashell, con una pistola en la mano. El arma tenía silenciador.

—No sé quiénes son ustedes, pero de una cosa estoy seguro —dijo—. Voy a evitar que repitan a nadie que han podido localizarme.

Asher tenía aún el periódico en las manos y lo plegó calmamente mientras el otro estaba hablando. De súbito, golpeó con el diario la mano del asesino y la pistola saltó por los aires.

Iris se arrojó sobre Ashell y le aplicó una rápida llave de «judo», que lo hizo volar por los aires. Ashell cayó al suelo, con tremendo golpeo, y se quedó inmóvil, aturdido y desconcertado.

Ella se apoderó de la pistola y apuntó al caído.

—¡No se mueva! —ordenó—. Roy, llama a la jefatura.

—Está bien.

Después de hacer la llamada, Asher se acercó al pistolero, que permanecía sentado en el suelo, con las manos sobre la cabeza, y se acuclilló frente a él.

—Ashell, ¿a cuántos conoce usted, que sean miembros de su «honorable» profesión?

El asesino le miró fríamente.

—No sé de qué me está hablando...

Asher sonrió.

—Espere un momento, por favor.

Se incorporó, pasó a la habitación vecina y, a los pocos momentos, salió con un brazado de armas. Había dos rifles de gran potencia y alta precisión, una pistola ametralladora y un par de pistolas.

—El angelito podía haber armado a un batallón de *marines* —comentó jovialmente.

—No hablaré si no es en presencia de mi abogado —dijo Ashell.

—El cuento de todos —comentó Asher alegremente.

Ya se percibía el sonido de una sirena policial. El joven fijó la vista en Ashell. La cara del asesino estaba intensamente pálida.

## CAPÍTULO X

El coche patrulla se detuvo frente a la mansión, en la que se divisaban algunas luces encendidas, y su único ocupante se apeó en el acto. Otro policía salió a su encuentro.

—Todo en orden —dijo.

—Gracias —contestó el recién llegado.

El agente Mark Willard se llevó una mano a la boca.

—Estoy muerto de sueño —confesó.

Su compañero le dio una palmada en el hombro.

—Ahora podrás descansar —dijo.

Willard subió al coche y arrancó de inmediato. Parpadeó con fuerza; estaba a punto de dormirse y no quería sufrir un accidente desagradable.

Mientras tanto, el otro policía atravesaba tranquilamente el jardín y penetraba en la casa. Una doncella se cruzó con él y le sonrió.

—Vaya luego a la cocina y le serviré café —invitó.

—Gracias, encanto —contestó el policía.

La sirvienta se alejó, con la bandeja en las manos. El policía dio unos pasos y se acercó a la puerta, tras la que se hallaba el dueño de la casa, Jebbediah Rystler.

Antes de abrir, miró a su alrededor. Luego hizo girar el pomo y empujó la puerta muy lentamente. Rystler estaba sentado ante su mesa de trabajo, escribiendo algo a la luz de la única lámpara encendida en la estancia.

El policía cerró la puerta y sacó su revólver, cuyo cañón aparecía rematado por el negro tubo del silenciador. En el mismo instante, Rystler captó la presencia de un extraño en el despacho.

Cuando levantaba la cabeza, vio el tenue chispazo del disparo. Sintió un golpe en el pómulo derecho y, en el acto, se vino de bruces sobre la mesa, fulminado por el proyectil.

El policía se marchó tan silenciosamente como había llegado. Nadie se enteró de que Rystler había sido asesinado, hasta que, a la mañana siguiente, la doncella, extrañada de no verle en el comedor para el desayuno, subió a su dormitorio para avisarle. Al ver que la cama estaba intacta, descendió a la planta baja y fue al despacho.

Rystler seguía en la misma posición. La sangre se había secado ya. La luz de sobremesa continuaba encendida.

La doncella empezó a chillar.

Iris sentía algo parecido al fuego en sus mejillas. El capitán Mulrooney hablaba coléricamente y lo peor de todo era que tenía razón.

—Ha puesto en ridículo al departamento, con su absurda actuación. Hizo detener a Ashell, es cierto, pero casi antes de que se hiciera de día, ya estaba libre. ¿Sabe que su abogado va a demandar al departamento, por detención ilegal?

—Pero, señor... Tenía un arsenal en casa.

—¡Ashell es miembro de una reputada asociación de tiro! —vociferó Mulrooney—. Todas sus armas están registradas, no sólo en nuestros archivos, sino en los de la sociedad a la que pertenece.

—¡Es un asesino! ¡Amenazó con matarnos!

—No hay pruebas; sólo su palabra y la de ese animal que se ha creído un genio de la investigación, un Sherlock Holmes del siglo xx. Cualquier abogado, aún el más estúpido, y el de Ashell no tiene un pelo de tonto, desharía en el acto ese argumento. Falta una tercera persona que corrobore su declaración... y aun así, Ashell podría alegar siempre que tuvo que defenderse de la intromisión de dos desconocidos en su casa.

—Fui sin pistola ni placa, para no comprometer...

—Pero pidió que enviasen una patrulla, para detener a Ashell, y eso sí nos compromete. Usted nos ha metido en un buen lío y yo seré el encargado de resolverlo... si puedo.

—No sabe cuánto lo siento, señor —dijo Iris, contrita.

—Puede que lo sienta más en lo sucesivo —declaró Mulrooney, tajante—. De momento, queda suspendida. Entregue la placa y la pistola al sargento Mac Rotts, y recoja sus cosas personales. Ya se le avisará de la resolución que se adopte.

Iris asintió.

—Sí, señor.

Giró sobre sus talones, mordiendo los labios para no llorar. Por un momento, pensó en Roy Asher, como causante de sus desdichas. Le hubiera dado de buena gana un puñetazo en la nariz...

—Oh, ¿de qué serviría? —se dijo, desalentada, mientras empezaba a vaciar su cajón.

Cuando terminaba, apareció Mac Rotts. Iris le entregó la placa y el revólver.

—El viejo está furioso —comentó Mac Rotts.

Iris asintió. El sargento apretó su hombro con gesto afectuoso.

—Sé valiente, muchacha.

—Gracias, Mac.

Ella inspiró con fuerza y se colgó el bolso del hombro. Forzó una sonrisa.

—No sé cuándo volveremos a vernos —dijo.

—La cosa quedará en una reprimenda, tal vez en una suspensión temporal, pero no te expulsarán —aseguró el sargento—. Peor lo tiene el pobre Mark Willard.

—¿Por qué?

—El hombre que le relevó no era policía Willard se subió a un supuesto coche de patrulla. Cuando se dio cuenta de que no tenía radio, Rystler había muerto ya por el hombre que se hizo pasar por un policía.

—El número cinco es también muy astuto, Mac.

—Sí, la subastadora supo elegir bien a sus ejecutores —convino Mac Rotts, que conocía la historia—. No le ha fallado uno solo.

—Excepto el que eligió equivocadamente.

—Todos estamos sujetos a un error, Iris. Buena suerte, muchacha.

—Gracias, Mac.

—Conozco su reputación, señor Asher, y sé qué hará honor a ella —dijo Lexington K. Throoker, Enterprises—. Por eso mismo le he llamado para esta entrevista.

—Gracias —dijo Asher—. Aunque estimo que me sobrevalora, señor.

—Ni mucho menos —rió Throoker—. A decir verdad, joven, le había echado el ojo hacía tiempo e incluso pensaba en pedirle que se viniera a trabajar con nosotros. Pero conocía su inclinación hacia

Millicent Crawford y pensé que ése era un factor que haría inútiles mis esfuerzos.

Asher sonrió.

—Sabe muchas cosas de mí —dijo.

—He hablado más de una vez con Crawford. Lo que no comprendo es por qué le despidió. Me dijo que usted se había emborrachado, provocando una pelea callejera, que le envió al hospital, pero, con franqueza, no creo la historia. A las tres de la mañana, no se provocan pendencias en un barrio como el suyo. Sinceramente, creo que le atracaron.

—Gracias, señor.

—En fin, Crawford se lo ha perdido. Usted ya forma parte de la nómina de mi empresa, con un veinte por ciento sobre su salario anterior y un trabajo análogo. Tendrá despacho propio, secretaria... ¿Cuándo puede empezar, Asher?

—Estamos a mitad de semana. ¿Le parece bien el limes?

La mano de Throoker se tendió a través de la mesa.

—Bien. Pues entonces hasta el lunes, muchacho.

Asher salió como pisando sobre nubes. Aunque tenía algunos ahorros, era evidente que no podía vivir siempre sacando dinero del banco. La inesperada llamada de Throoker venía a resolver sus problemas económicos.

Frente al lujoso edificio de oficinas, había un quiosco de periódicos. Asher compró uno, a fin de leer las noticias sobre el asesinato de Rystler. En aquel quiosco se vendían también libros.

De pronto, vio una portada que llamó poderosamente su atención.

Deletreó el título del libro mentalmente:

«Pasión sin cadenas, por Zelda Lassiter».

Sonrió, mientras alargaba la mano hacia el libro. Sería curioso leer el engendro salido del sexualmente torturado cerebro de la escritura, pensó.

—A lo mejor me pongo de acuerdo con los críticos que pedían para ella la cámara de gas —dijo alegremente, mientras se sentaba tras el volante del coche.

Todo no iban a ser malas noticias. La entrevista con Throoker le hacía sentirse rebosante de satisfacción.

Era como una especie de desquite hacia las intemperancias de

Crawford. Quizá algún día fuese a visitarle, como empleado y hombre de confianza de Throoker. Sería divertido ver la cara que pondría el padre de Millicent.

Le hubiera gustado comunicárselo a Iris, pero se habían separado con enorme frialdad, después del arresto de Ashell.

—Y no sé por qué se lo tuvo que tomar tan a pecho —exclamó.

De pronto, frunció el ceño.

—Oh, no... ¿Se habrá enamorado de mí?

La idea le enojó en principio, pero no tardó en sentirse halagado. En el primer semáforo rojo, se arregló el nudo de la corbata, mirándose en el retrovisor del coche. Tendría que reconciliarse con la muchacha.

A fin de cuentas, también era muy bonita. Y empezaba a sentir cierta añoranza por tenerla a su lado.

—En resumen, Roy Thomas Asher, es posible que acabes casándote con ella —se dijo.

Y era una idea que no le desagradaba.

Llegó a su casa, prometiéndose enviar un gran ramo de rosas a Iris, cosa que haría a la mañana siguiente. Por la tarde, la llamaría por teléfono y...

Abrió la puerta. Dio un par de pasos y se detuvo en seco.

Iris se puso en pie al verle entrar.

—Hola, Roy —dijo, con pálida sonrisa.

Asher reparó en la indumentaria de la muchacha, que no vestía de uniforme, a pesar de la hora.

—No esperaba verte aquí —sonrió.

—Pensé que deberías saberlo. Miré por la puerta de atrás y vi que no estaba echado el pestillo.

—Seguramente, me olvidé. No tengo mucho que atraiga a los ladrones, sobre todo, cuando prefieren atracarme en medio de la calle y a las tres de la madrugada.

Asher lanzó sobre el diván el periódico y el libro que había comprado.

—Si no te importa, me quitaré la chaqueta —dijo.

—Es tu casa, Roy.

—Gracias. ¿Qué te parece si hacemos un poco de café?

—Encantada.

—Vamos a la cocina. ¿Sabes? ya tengo un nuevo empleo. Mucho

mejor que el anterior, con un jefe infinitamente más considerado que el bandido de Crawford y un veinte por ciento de aumento en el salario.

—Te felicito sinceramente, Roy. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

Asher tenía la cafetera bajo el grifo y se volvió hacia ella.

—¿Qué te pasa? —inquirió.

—Mulrooney me ha suspendido.

—Oh... Lo siento terriblemente. La culpa es mía...

Iris hizo un gesto negativo.

—No te culpes de nada. El pecado, en todo caso, es mío.

Asher puso la cafetera al fuego.

—Tu capitán se habrá puesto furioso —supuso.

—El abogado de Ashell va a demandar al departamento. Ashell es miembro de un club de tiro y tenía licencia para todas aquellas armas.

—¿Incluida la ametralladora? —se asombró él.

—En esa sociedad, por lo visto, también hacen concursos con ametralladora, Roy.

—Será una sociedad de asesinos —comentó él cáusticamente—. Pero amenazó con matarnos...

—¿Quién más lo oyó, aparte de nosotros?

—Tienes razón. De modo que te ha suspendido.

—Y Ashell está en la calle.

—¡Maravilloso!

—Es la ley, no le des más vueltas.

—Me gustaría dar esas vueltas, pero al pescuezo del que hizo la ley —refunfuñó Asher. De pronto, se encaró con la muchacha—. Has venido a verme.

Ella trató de sonreír.

—Estoy aquí —dijo.

—¿Sigues enfadada?

—Bueno... me lo he pensado un poco... A fin de cuentas, eres un hombre libre, Roy.

—Gracias.

—Y no hablabas en serio cuando dijiste que yo podía...

—Era una forma de hacerte ver las cosas. Claro que no por eso debes creer que ando por ahí, persiguiendo a todo lo que lleva unas

faldas. La ocasión se presentó...

—Y no la ibas a desaprovechar.

—Pero si quieres, en lo sucesivo, desaprovecharé todas las ocasiones que se me presenten —dijo Asher.

Iris levantó las cejas.

—¿Todas... «todas»? —preguntó maliciosamente.

—Todas, menos una.

Asher avanzó hacia la muchacha y puso sus manos en la esbelta cintura femenina.

—Menos una, insisto.

Iris sonrió.

—Espero que seas sincero, Roy —dijo.

—Lo soy.

—Pero... sólo un beso. Nada más por ahora, ¿eh?

Asher suspiró.

—Eso significa... que pones un precio a mi vida —dijo.

—La pagaré con la mía —contestó ella ardientemente.

## CAPÍTULO XI

Sentados en el diván, empezaron a hacer planes para el futuro.

—Lo mejor es que dejes seguir adelante el expediente —aconsejó él—. Cuando lo hayan terminado, cualquiera que sea el resultado, dimite. Yo gano lo suficiente para los dos. Claro que, recién empleado con Throoker, no tendremos luna de miel... salvo los fines de semana.

—Eso no importa mucho —contestó ella—. Ya llegará el tiempo en que podemos disfrutarla, querido.

—De todas formas, aunque no te hubieran suspendido, también te habría pedido que dejases el cuerpo. A menos que te guste mucho tu profesión... Si fuese así, no me opondría a que continuases trabajando.

—Esperemos un tiempo prudencial —propuso Iris.

De pronto, reparó en el libro que estaba sobre la mesita y que Asher había quitado del diván para poder sentarse con comodidad.

—Eh, es la novela de Zelda —exclamó.

—Sí, la vi en un quiosco y la compré, para leerla a la noche.

—Debe de ser un mamotreto imponente —rió la muchacha—. Posiblemente, te servirá de somnífero.

—Sí, seguro.

Asher alargó la mano y cogió el libro, para hojear un par de páginas. Al darle la vuelta, vio en la cubierta del reverso la fotografía de la autora.

Frunció el ceño. Debajo de la fotografía había un breve comentario sobre la autora y su obra.

—Por todos los... ¡Ésta no es Zelda Lassiter! —exclamó.

Iris se sobresaltó.

—¿Qué estás diciendo, Roy? El editor sabrá de sobra quién escribió el libro. No iba a publicar la fotografía de otra persona, me parece.

Asher meditó unos instantes.

—No, alguien se hubiera dado cuenta de que la foto gráfica estaba equivocada —admitió—. Pero eso significa algo muy importante, Iris.

—Dime, por favor —pidió ella ansiosamente.

—La mujer que me recibió en el domicilio de Zelda, por dos veces...

—La maniática sexual.

—Sí, la misma Esa mujer es una impostora.

Iris se llevó una mano al pecho.

—¿Habrá asesinado a la auténtica Zelda?

Asher dudó un poco. Luego, de pronto, se puso en pie y tiró de la mano de Tris.

—Vamos a verlo ahora mismo —exclamó.

—Pero Roy, yo no puedo...

El joven se echó a reír.

—Ahora, más que nunca —dijo—. No tienes ninguna responsabilidad ni pondrás en un aprieto a tu departamento. Pero, en cambio, podemos enterarnos de los motivos que tuvo aquella histérica para suplantar a Zelda Lassiter.

—Sí, creo que tienes razón. Espera un momento...

Iris cogió el libro, que guardó en el bolso.

—Conviene que lo llevemos —añadió.

Mientras se disponía a arrancar, Asher se preguntó quién podría ser la impostora. No se parecía en nada a la auténtica Zelda, quien, además, era de cuerpo más lleno, sobre todo, si se juzgaba por el contorno de las facciones. ¿Por qué había aceptado aquella mujer el papel de la escritora?

Muy pronto tendrían la solución de aquel enigma, se dijo.

Nadie contestó a sus llamadas. Asher frunció el ceño al observar el silencio que había en la casa de Zelda.

—Tal vez la impostora se ha dado cuenta de que corría el riesgo de ser descubierta y ha creído conveniente huir —apuntó Iris.

—Es muy probable —admitió él—. De todas formas, no me gustaría marcharme de aquí, sin echar un vistazo a la casa.

—Roy, ¿has oído hablar de ese delito llamado allanamiento de morada?

Asher se encogió de hombros.

—No creo que Zelda esté en condiciones de acusar a nadie —contestó.

Volvió la vista hacia atrás. Por la cercana avenida, circulaban los coches, a menos de cincuenta metros de distancia. Alguien podría verles entrar en la casa a través de una ventana y llamar a una inoportuna patrulla de policía.

—Ven —dijo, súbitamente resuelto.

Rodeó la casa, seguido de la muchacha, y llegó a la trasera. La puerta posterior estaba cerrada, pero no se arredró. Acercándose a una ventana, rompió el cristal con un codo. Luego pasó la mano, soltó el pestillo y alzó el bastidor.

—Paso libre —anunció.

En unos instantes, estaba al otro lado. Luego ayudó a Iris, para que pudiera entrar sin dificultades.

Ella suspiró al hallarse en el interior de la casa.

—Ahora sí que estoy perdida —se lamentó—. Como me atrapen...

—No creo que pierdas ya mucho más de lo que has perdido —dijo el joven—. Zelda sí perderá mucho más, te lo aseguro.

—¿Por qué lo dices?

—Iris, la subasta fue un plan melodramático, muy teatral, si tú quieres, pero altamente efectivo. No digo que no se le pudiera ocurrir a otra persona, pero Zelda, a fin de cuentas, es escritora.

—No de mucho éxito, según parece.

—Eso no tiene nada que ver por el momento. Puede que no sepa desarrollar bien sus ideas, quiero decir, en una forma literaria atractiva, que consiga el éxito para su libro; pero, al menos, es imaginativa. Eso ya es algo, ¿no te parece?

—Sí, aunque con una objeción.

—Dime, encanto.

—¿Cómo fue capaz de encontrar a seis asesinos profesionales? Eso no se consigue tan fácilmente, sin hablar de los cuatro guardaespaldas. ¿Y el dinero, Roy?

Asher agarró a la muchacha por un brazo.

—Para averiguar eso y otros detalles estamos aquí —contestó.

—Ah, supones que ella es la culpable.

—El error posible tiene un porcentaje inferior al cero coma uno por ciento o, si lo prefieres, uno por mil.

—Se te nota la profesión —rió ella—. ¿Qué eres, en realidad?

—Diplomado en matemáticas, ciencias empresariales y economía. En dos palabras: experto fiscal.

—Ya te dejaré mi declaración de renta, para que la llenes en mi nombre —dijo Iris zumbonamente.

Llegaron al vestíbulo; Asher se encaminó directamente al gabinete de trabajo de la escritora. Abrió la puerta y contempló la estancia en silencio durante unos segundos.

—Iris —dijo al cabo—, a ti te enseñaron cómo se debe practicar un registro. Empieza.

—Empiezo aquí... y acabaremos detrás de unas rejas.

—Alguien nos echará cacahuètes, no te preocupes.

A pesar de sus aprensiones. Iris no pudo por menos de soltar una risita. Pero Asher estaba ya trabajando y decidió imitarle sin más pérdida de tiempo.

Durante un buen rato, revisaron minuciosamente todos los cajones del escritorio, así como los estantes de las dos librerías que había en la estantería. Parecía que no iban a encontrar nada interesante, cuando, de pronto, Asher encontró un papel, escondido bajo el contrachapado de la mesa.

Asomaba una esquina, de apenas un par de milímetros, lo que lo convertía casi en invisible. Buscó una plegadera, levantó la madera y extrajo el papel, de tamaño menor que la mitad de una octavilla.

Había seis cifras, en columna, sin aparente significado. Iris, al darse cuenta de la actitud del joven, se acercó a él, y miró por encima de su hombro.

—Son números de teléfono —dijo.

—¿Tú crees?

—Sí, seguro.

Asher dudó un momento. De súbito, se abalanzó hacia la mesita en la que estaba el teléfono, con las guías correspondientes.

Abrió la dedicada a los nombres de los clientes y buscó la letra A. Momentos después, dijo:

—Voy a leerte un número, Iris. Contéstame a cuál de ellos corresponde en esa lista.

Ella asintió. Un segundo después, repuso:

—El último, Roy. ¿De quién es?

Asher sonrió.

—Richard Theodore Ashell —contestó.

—Entonces... los otros corresponden a los demás asesinos —dijo Iris, sin aliento.

—Así es, encanto. Y esto, como puedes comprender, confirma la culpabilidad de Zelda.

—Harán falta más pruebas para enviarla a la cárcel, Roy.

—Todavía podemos encontrar otras —dijo él.

—Sí, pero ¿dónde?

Asher volvió a mirar a su alrededor. De pronto, se acercó a la mesa escritorio y empezó a apartar todos los objetos que había encima.

—Ayúdame, Iris.

Ella obedeció en el acto. Momentos después, la cubierta del escritorio quedaba completamente despejada.

Asher tanteó el borde con las manos. Toca la tabla Superior giró a un lado. Debajo había otra, que ocultaba los cajones, pero encima de ésta, se divisaban numerosos papeles, colocados cuidadosamente para que un bulto no se notase con la mesa en posición normal.

Iris los sacó inmediatamente y empezó a leerlos. A los pocos minutos, exclamó:

—Roy, es una lista de las personas perjudicadas por la quiebra de la IC. ¡Mira, aquí está el nombre de Zelda, subrayado en rojo!

Asher tomó el papel. Había también otro nombre, subrayado igualmente por un trazo rojo, que le hizo pensar profundamente.

—Tiene que ser —murmuró—. No hay otra respuesta al enigma, Iris.

Ella le miró, aprensiva.

—Parece increíble...

—Estos papeles no son una prueba concluyente, pero sí hay bastante materia para que un fiscal ordene iniciar una investigación a fondo sobre el caso. El resultado te lo puedes imaginar fácilmente, muchacha.

—Sí, —convino ella apagadamente—. Pero nunca me hubiera figurado...

—Yo tampoco, pero ahora es cuando las cosas se ven con absoluta claridad.

Iris se apoyó de pronto en el respaldo de un sillón.

—Si hubiese algo de beber, tomaría de pronto un trago —dijo.

—Espera, voy a ver si encuentro algo en ese armario. No hay licores a la vista y parece el lugar indicado para guardar las botellas y las copas destinadas a los invitados.

Asher se acercó al armario, abrió la puerta, estuvo quieto un segundo y luego cerró de golpe.

—Tendré que buscar *whisky* en otro sitio —dijo.

—¿No hay una botella en un armario?

—Hay otra cosa. Un cadáver.

Iris emitió un gemido.

—¿Quién, Roy?

—La impostora. Tiene un balazo en el pecho.

Iris reaccionó y se abalanzó sobre el teléfono.

—Hay que avisar a la policía...

En aquel instante se oyó el ruido de la puerta. Asher agarró a la muchacha por un brazo.

—Olvídate de la policía ahora —dijo—. Viene alguien y tenemos que escondernos.

## CAPÍTULO XII

Las dos personas entraron en el despacho, discutiendo acaloradamente. El hombre, sobre todo, parecía muy furioso.

—Te dije que no podía salir bien, Zelda. Era un plan demasiado fantástico...

La escritora se revolvió hacia su acompañante.

—Al contrario, todo ha salido como esperábamos. Nos hemos vengado de los que nos arruinaron, Joe. Ya los hemos enviado al infierno. ¿Disfrutarán allí del dinero que nos quitaron?

El hombre se frotó la mandíbula con fuerza.

—Sí, es cierto... pero no me siento muy seguro. Si esto se descubre...

Zelda rió burlonamente.

—¿Vas a acobardarte ahora, Joe Mulrooney? —dijo—. Cuando te expuse mi plan, casi dabas saltos de contento. Era la forma de castigar a unos ladrones, a los que las leyes no podían hacer nada. Habían arruinado a centenares de personas y estaban libres, en la calle, riéndose de los tontos como nosotros, divirtiéndose con el dinero que nos habían robado. Todo ha salido a la perfección y la gente sabe que han muerto cinco miserables y nadie lamenta su muerte, porque los periódicos han mencionado sus vinculaciones a la IC. Ya no puedes echarte hacia atrás, Joe; es preciso seguir hasta el final y borrar el último rastro que puede comprometerlos.

—¿Qué rastro? —preguntó él.

Zelda se acercó al armario y lo abrió. Mulrooney respingó.

—¡Es Agnes Quinton!

—Sí —confirmó la escritora, con espantosa sangre fría—. A última hora, se dio cuenta de lo que sucedía, y amenazó con delatarme. Tuve que matarla, no tenía otra solución.

Mulrooney se dejó caer sobre una silla.

—Dios mío, esto es el fin...

Zelda le miró despreciativamente.

—No seas idiota —le apostrofó—. Pronto será de noche. Sacaremos el cadáver y lo pondremos en el maletero del coche. Nadie nos verá lanzarlo al mar, en uno de los acantilados de la costa.

—Pero esa pobre mujer...

—Era su destino —contestó Zelda sin inmutarse—. Oh, Joe, tú estás por encima de toda sospecha. Tu secretaria estuvo a punto de ponernos en un aprieto, pero ya la has despedido y no se acordará más del asunto.

—¿Qué me dices de Asher?

—Fue un error —dijo ella de mal talante—. Aquellos dos imbéciles... Además, dejaron que Asher se llevase la cartulina con el número seis, pero tú lo arreglaste, liquidando a Dahler, identificado por sus huellas dactilares. Los demás no hablarán, créeme... El ejemplo de Dahler es más que suficiente para cerrarles la boca.

—Zelda, si salgo de ésta, no me verás en el resto de tus días —contestó Mulrooney—. Te ayudé porque, en cierto modo, te pareció justo...

—Y porque habías perdido todos los ahorros de toda tu vida, más de treinta mil dólares, y estabas ciego de furor. Tu ayuda no fue solo una corrección de ciertas leyes imperfectas, sino también el ansia de vengarte de los ladrones. Al menos, sé sincero conmigo.

—Está bien, está bien, pero mantengo lo dicho. Si soluciono este último problema, no me verás más...

Mulrooney se interrumpió súbitamente. Estuvo un segundo indeciso y luego sacó su revólver.

—¡Eh, usted, el que estás detrás de esa cortina! —exclamó—. Salga inmediatamente o disparo.

—Nos han descubierto, Iris —suspiró Asher, a la vez que apartaba la cortina a un lado.

Zelda lanzó un grito de cólera al ver a la pareja.

—¿Qué hacen aquí?

—Si le digo que aguardábamos el autobús, no nos va a creer —sonrió el joven—. Hola, capitán Mulrooney.

El policía estaba pálido como un difunto.

—Maldito —dijo entre dientes.

Zelda le agarro por un brazo.

—Joe, tienes que matarlos —exclamó avispadamente—. Lo saben todo; pueden descubrirnos...

—Es un asunto que ya no tiene solución —dijo Asher—. Están descubiertos. Y pueden imaginarse lo que les va a suceder.

—Joe, si el día en que le quitaste los medios billetes a este estúpido, le hubieses dado más fuerte, todos nuestros problemas se habrían acabado —barbotó Zelda.

—Conque fue usted, ¿eh, capitán? —exclamó Asher—. Claro, ahora se comprende en que fuera el más interesado en hacer creer la historia de un hombre que deliraba al contar una subasta de vidas Zelda, ¿se dio cuenta entonces del error que habían cometido sus esbirros?

—Salta a la vista, ¿no? —contestó la interpelada.

—Y entonces, si no me equivoco, fue el capitán Mulrooney quien le dio a mi jefe ciertos falsos informes, sobre una pendencia después de una borrachera... Usted no quería que yo pudiera comentar el suceso algún día con Crawford, ¿verdad?

Mulrooney parecía devorado por la furia.

—A estas alturas, es inútil negarlo —dijo roncamente.

—No, no puede negar nada —sonrió el joven—. Nadie como usted para encontrar a seis asesinos profesionales, cuyos teléfonos tengo aquí... —Ensenó el papel que había guardado—. Anotados de puño y letra de una escritora decepcionada, aunque muy imaginativa. Un capitán de policía estaba en condiciones de conocer con todo detalle la vida y milagros de seis asesinos profesionales, los cuales pudieron ser así congregados en la casa que estaba a punto de ser derribada. Pero claro, uno de los «convocados» resultó ser persona decente y ahí es donde se inició la derrota de los dos.

Asher hizo un pequeño gesto con la mano. Continuó:

—También es muy probable que fuese usted quien ocultase la muerte de Rystler. El patrullero Willard advirtió, demasiado tarde por cierto, que viajaba en un coche de la policía falsificado. Usted debió de salirle al encuentro y lo envió a casa, diciéndole que se iba a ocupar del caso, pero la muerte de Rystler no se supo hasta que la doncella descubrió el cadáver y avisó a la policía.

»Pero todavía hay más —siguió Asher, implacable—. Cuando hicimos detener a Ashell, usted lo soltó, “legalmente”, no hay la menor duda y nadie le formulará la menor acusación por un acto

absolutamente irreproachable. Sin embargo, alguien le preguntará por qué no envió a Balística ninguna de las armas del que se presumía era un asesino profesional. En este caso, no había matado a nadie, pero sí había cometido otros crímenes y las balas están archivadas, pendiente de que se encuentren las armas que las dispararon. ¿Por qué no lo hizo así? ¿Tal vez quería guardar a Ashell como una especie de carta de reserva?

Mulrooney no contestó. Aquel hombretón, tan activo y enérgico, el inflexible perseguidor de forajidos, era poco más que un pelele vestido con ropas de hombre. Asher casi sintió compasión de él.

—Pero eso no es todo —dijo—. La lista de teléfonos les servía, a los dos, para impartir instrucciones y completar detalles a los asesinos. Por ejemplo, en el caso de Hillum, no había mucha gente que conociese su defensa de ametralladoras Usted, sí, desde luego, y se lo comunicó al número cinco, dándole toda clase de datos... y ayudándole, mediante una oportuna llamada telefónica, que obligó a Hillum a regresar a su despacho, para enfrentarse con treinta balas. ¿Quemó también los treinta medios billetes que me quitó? ¿O los completó con las mitades restantes?

—Eran falsos, estúpido —dijo Zelda—. Procedían del alijo requisado a una banda de falsificadores, que él no entregó a los federales, para poder pagar así a los pistoleros.

—Zelda, no me gustaría estar en su pellejo. Si los asesinos completan sus billetes y se dan cuenta de que les han pagado con dinero falso, la buscarán y, tarde o temprano, la encontrarán.

—Lo dudo mucho. Hoy mismo me marcharé del país... Todavía me queda algún dinero, esta casa... Podré salir adelante.

—Como escritora, lo dudo. Usted instruyó muy bien a su amiga, la que hizo el papel de Zelda, para justificar sus ausencias, y recibió una bala como pago del favor. ¿Quién era?

—Una actriz, secundaria... Ahora estaba sin trabajo y aceptó unos cientos de dólares.

—A lo mejor le dio mil, en un billete falso, naturalmente.

Los ojos de Zelda se volvieron hacia el armario donde estaba el cadáver de Agnes Quinton. Asher supo así que había adivinado la verdad.

De pronto, Zelda lanzó un aullido animal, en el que expresaba la infinita furia que la poseía:

—¡Joe, mátalos! ¡Mátalos te digo! No pueden salir vivos de esta casa, ¿me oyes?

Mulrooney asintió. De pronto, volvió el revólver hacia la escritora y apretó el gatillo.

—Tú eres la que mereces morir —dijo.

Zelda se tambaleó, los ojos desmesuradamente abiertos y las manos en el estómago.

—Me has matado, Joe.

—Todavía no —contestó Mulrooney, impasible.

Y disparó de nuevo. Cuando Zelda, caía, chillando espantosamente, hizo otro disparo.

De repente, varios hombres entraron en la habitación y se abalanzaron sobre Mulrooney. Uno de ellos lo desarmó. Otro le puso las esposas en las muñecas, previamente situadas a la espalda.

Mac Rotts lanzó una mirada al retorcido cuerpo de la escritora y meneó la cabeza.

—Hemos tenido un maldito atasco... No queríamos utilizar la sirena, para no prevenirles...

Asher pasó un brazo por los hombros de la muchacha.

—Sargento, diríase que los estaban siguiendo —observó.

—Sí —admitió Mac Rotts.

Mulrooney se dejó llevar, convertido en un autómatas. Otro hombre se cruzó con él, le miró un instante y entró en el lugar del crimen.

—Es el teniente Gates, de Asuntos Internos —dijo Mac Rotts.

—Hola, agente Suffolk —sonrió Gates—. Cuando pueda, me gustaría hablar con usted.

—Estoy a su disposición, señor —respondió Iris.

—A usted también quiero oírle, señor Asher.

—Cuando guste, teniente —contestó el joven.

Gates hizo un gesto con la cabeza.

—En la jefatura, por favor —indicó.

—Hace ya tiempo que estudiábamos la conducta del capitán Mulrooney —dijo Gates más tarde—. Sabíamos que sufrió pérdidas en la quiebra de la IC, cosa nada reprochable, porque puede pasarle a cualquiera, pero empezamos a recibir confidencias de que empezaba a aceptar dinero. Hasta ahora, sin embargo, no hemos podido probarlo. Tendremos que acusarle por otro motivo mucho

más grave.

—Sólo él podía conocer a tamos pistoleros, ¿no es eso lo que quiere decir, teniente? —exclamó Asher.

—En efecto. Y no nos dimos cuenta de nada, porque estábamos obcecados en los supuestos sobornos, hasta que fue demasiado tarde. Cuando le vimos reunirse con la escritora, pensamos que iba a aceptar más dinero y por eso le seguimos.

—Llegaron tarde, sin embargo —dijo Iris.

—A tiempo para salvarles a ustedes —sonrió Gates.

Asher hizo un gesto negativo.

—Creo que no quería matarnos —dijo—. De pronto, se dio cuenta de que se había dejado arrastrar por el odio, avivado por Zelda Lassiter y, al considerarla culpable de su fracaso, decidió matarla.

—Es probable —convino Gates—. Por supuesto, agente Suffolk, aunque recibirá una reprimenda privada, puede volver a su puesto cuando guste.

—Tengo que pensármelo, señor —respondió Iris.

—¿Por qué? —se sorprendió el policía.

—Este tipo que tengo al lado quiere que me case con él. No sé aún si me conviene seguir trabajando...

—Piénselo, no tenga prisa. Felicidades, señor Asher.

—Gracias, teniente.

Con las manos juntas, salieron del despacho de Gates. Entonces presenciaron un espectáculo insólito.

Era una procesión casi ininterrumpida de hombres de diversas cataduras, que entraban en la jefatura, escoltados por policías de uniforme y de paisano, y todos ellos tenían las manos esposadas.

Mac Rotts, radiante, se acercó a la pareja.

—¡Menuda redada! —exclamó jubilosamente—. Seis asesinos profesionales, sorprendidos todos ellos en su casita, acostados y como buenos chicos... Y todo ello, gracias a la lista de números de teléfono que tú encontraste, Iris...

—Los parabienes, a él, Mac —contestó la muchacha—. Roy fue quien encontró la lista.

—Entonces, le felicito, señor Asher. —Mac Rotts se frotó las manos—. Esto sí que ha sido una limpieza a fondo...

Uno de los detenidos se paró de pronto frente a la pareja. Los

ojos de Ashell despidieron chispas de fuego al contemplar a los dos jóvenes Pero inmediatamente, un policía le empujó y siguió su camino.

—Iris, a todo esto, no hemos cenado —dijo él.

—Ah, pero ¿tienes hambre? —se sorprendió la muchacha.

—Hambre de lobo. Me comería un mulo, con herraduras y todo...

—Es ya un poco tarde para ir a un restaurante.

—En mi casa —propuso él.

—En la mía —dispuso Iris.

—¿Por qué en la tuya?

—Así te puedo echar, si empiezas a ponerte... pesado.

—Eres muy suspicaz.

—Como dijo aquél, «más vale prevenir...» —contestó ella con soma.

—Entonces, tengo que esperar...

Iris agarró su brazo y lo empujó hacia la salida.

—Yo también me subasto —exclamó.

—¿Cuál es el precio de salida, encanto?

—Un certificado de matrimonio. No es demasiado caro, creo.

—Me costará toda la vida... pero acepto el precio —dijo Asher firmemente.

FIN



**¡Una fabulosa selección de  
los mejores relatos del viejo  
y salvaje Oeste!**

**BISONTE**  
**Serie Roja**

**BISONTE**  
**Serie Azul**

**ASEGURE  
SU  
EJEMPLAR**

**BUFALO**  
**Serie Roja**

**BUFALO**  
**Serie Azul**

*las populares colecciones en  
cada uno de cuyos volúmenes, los  
más famosos autores del género  
le ofrecen lo mejor de su larga  
carrera de éxitos.*

**CALIFORNIA**

**COLORADO**

**SALVAJE TEXAS**

**KANSAS**

**EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.**

